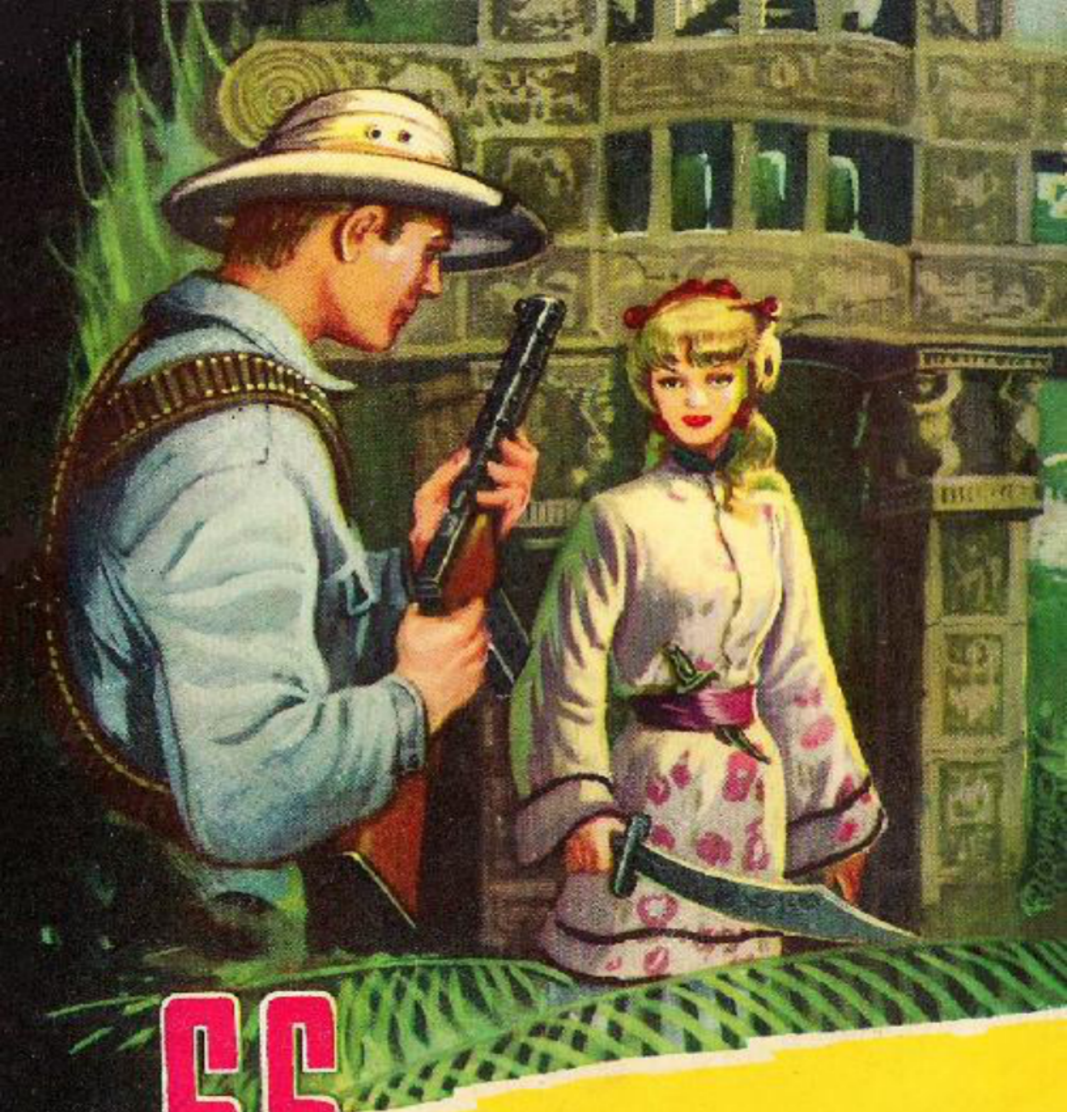


SS
SERVICIO SECRETO

PETER DEBRY

LA DAMA DE LOS NENUFARES

LA DAMA DE LOS NENÚFARES

PETER DEBRY

La Dama de los Nenúfares

1.ª EDICIÓN
JULIO 1952



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS EN ESTA COLECCION:

1. — La brigada de los suicidas. **4.** — Sirenas tropicales. **6.** — Los cuatro ases. **8.** — El cas- tillo de los ahorcados. **10.** — Peces de platino. **12.** — Gangsters en Casablanca. **14.** — Valses tétricos. **16.** — Los buitres negros. **18.** — En bus- ca de una cabeza. **20.** — La atómica en Holly- wood. **24.** — La bella del Bósforo. **26.** — La isla corazón. **28.** — Los diablos del Ártico. **32.** — El pulpo humano. **34.** — La pequeña tonquinesa. **36.** — Piratería moderna. **38.** — Un pistolero en el F. B. I. **40.** — Dama «Dinamita». **44.** — Doctor Borgia. **46.** — Asesinatos en el Estadio. **52.** — La muerte lenta. **54.** — Platillos volan-tes. **56.** — Aviones sin rumbo. **64.** — El vampi-ro de Brooklyn **66.** — Cadáveres ambulantes. **69.** — Gongo Kong. **71.** — Los tiburones del «Tritón». **73.** — Balas perdidas. **77.** — Tobillos de oro. **80.** — Los muertos no mienten. **83.** — Naipes siniestros. **89.** — Ruta sal-vaje. **91.** — La ley del machete. **93.** — Calavera de plata. **95.** — Horas trágicas.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera, Proyecto, 2 – Barcelona

I

LA DAMA de los NENUFARES

POR

PETER DEBRY

FANGO, SUDOR Y MÚSICA

La esclusa octava fué la que notificó a todo el personal, que el tráfico de buques terminaba con el paso del transatlántico francés que penetraba ya en la séptima.

Lo notificó el empleado que en lo alto de una torre de armazón semejante a la Eiffel, agitó el banderín azul estriado de franjas rojas fosforescentes.

Todos los funcionarios del Canal de Panamá, en su octava esclusa, esperaron la otra indicación. Poco después, el mismo empleado de la torre mostró otro banderín, también azul, pero que en lugar de franjas llevaba un número fosforescente:

«23.»

Significaba que no llegaría hasta las once de la noche, el primer buque que estaba entrando por el Caribe, en el Canal, en su rumbo hacia el Océano Pacífico.

Eran las siete de la tarde, y el sol se había ocultado. Pero continuaba ardiendo el aire, y las dunas de barro exhalaban vaho fétido.

Los funcionarios de la esclusa octava, se encaminaron hacia los hangares. Todos coincidían en el mismo gesto. Pasarse el pañuelo por debajo del casco de corcho, y después por la piel mojada, el cuello de la leve camisa.

En los hangares, acudieron a los distintos modos de refrescarse. Cada cual tenía su sistema. Uno afirmaba, que meter los pies en una palangana con agua caliente daba una gran frescura por todo el

cuerpo. Otros preferían beber cualquier líquido donde se bañasen pedacitos de hielo. Los menos pasaban a la ducha engañosa, por provisional, que era su alivio.

Lewis Sonner era meticulosamente rutinario. Cuando se presentaban raramente etapas de reposo en el turno obligatorio de ocho horas, lo primero que hacía era quitarse las botas, y limpiar el barro a ellas adherido.

Después, quitándose el pantalón corto y la camisa, conservando el casco de corcho, revestía un batín de tela porosa. Se daba fricción con un guante de crin, y colonia en los pies y las piernas, para deslizar por fin, los pies en las babuchas de piel.

Y sólo entonces, hoy como otras veces, encendió su pipa, y tras las primeras bocanadas, se dirigió al maletín portable, radio gramola. Colocó el disco favorito. Una musiquilla sentimental, de acordeones, con la voz de Bernard Hilda afirmando que «El Sena fluye siempre…».

Lewis Sonner tenía la impasibilidad de un británico, pero había nacido en pleno Nueva York. Su cargo equivalía a inspector de la brigada de dragadores, un personal muy importante, porque a cargo de ellos corría el asegurar que las esclusas y compuertas estuvieron lo más limpias posible de barro y residuos de «mazut».

Corrían muchos rumores acerca del flemático Sonner: Había quien le atribuía un antiguo título nobiliario, otros de diplomático expulsado, y los más le consideraban un individuo con quien era imposible intimar.

Pero sin embargo, la antítesis moral y física de Lewis Sonner, el jovial y gesticulante Dudley Jeferson, era el único funcionario de la octava esclusa y de todas que era recibido en su hangar personal por el distante y orgulloso Lewis Sonner.

El disco acababa con su escala semejante a una carcajada de acordeones, cuando Dudley Jeferson, empujó la puerta que en vez de cristales enmarcaba telas metálicas.

—Si estorbo, me echas, Lewis.

El interpelado hizo con su pipa, un saludo de aquiescencia, mientras recorría con el dedo los títulos del álbum de discos.

Lewis Sonner era delgado y de estatura regular, cabellos castaños, y aspecto de intelectual fatigado. Dudley Jeferson pesaba noventa kilos, medía metro ochenta, tenía el cabello negrísimo, y en su rostro de rasgos irregulares, había vitalidad exuberante.

Jeferson tenía a su cargo todo lo referente a averías mecánicas, y procedía de la escuela naval de maquinistas. Había nacido en un pueblo de diez mil habitantes, en la frontera entre el Oregón y la Colombia Británica.

—Fango, sudor y música —dijo por centésima vez Jeferson, sentándose en el trampolín plegable—. Es mucho mejor lema, que el

churchiliano de «sangre, sudor y lágrimas».

Desistió Sonner de colocar el disco elegido, y desconectó. Apaciblemente sacó el tablero de ajedrez y tendió los dos puños cerrados, tocando Jeferson el izquierdo.

Abrió Sonner la palma izquierda, mostrando la dama blanca.

—Tú sales, Dude —invitó.

Dudley Jeferson no llevaba más que el calzón. Estaba orgulloso de su tórax musculoso, de leñador que lo fué desde los quince a los veinte años.

—Eres una nevera, Lewis. Hasta posees el don de no sudar como los demás, y el mismo barco parece tenerte respeto. Hace cinco meses que estás aquí, y ni bebes ni pierdes noches de reposo en los bataclanes de la línea.

Lewis Sonner movió sucesivamente un peón, un alfil y un caballo, replicando a las jugadas de Jeferson.

—Todos dicen que tienes un secreto, cosa que es muy de tu propiedad. Y me vas conociendo, viejo. Yo no soy curioso. Si hablo de esto, es porque hay días en que te veo triste, y te he cogido afecto. Eres lo bastante hombre, para valerte solo, pero si alguna vez me necesitas… Oye, nevera, hazme caso y al menos mírame… ¿Me tomas por un preguntón?

Lewis Sonner mordiendo la boquilla de su pipa, sonrió. Le hacía gracia la virilidad noble de Jeferson.

—Eres un preguntón, Dude. Pero hay algo que yo también quiero que sepas. Sin melodrama, sin teatro, quiero que escuches algo poco corriente. Estoy condenado a muerte.

Dudley Jeferson, en su sobresalto, derribó sobre el tablero varias figuras. Lewis Sonner dijo fríamente:

—Volveremos a empezar.

—¡Cáscaras! ¡Es que tienes un modo de soltar sorpresas…!

—Yo no. Ella.

—En cinco meses no has hablado con una sola mujer, ni has dejado el campamento, Lewis. Oye, casi me arrepiento de haberte interrogado.

—Has hecho bien. Tengo cuarenta y dos años, y nunca sentí hacia nadie el deseo de confidenciarme. Y he ido notando, al irte conociendo, que tú podrías haber sido el gran amigo, ese tesoro mejor que el dinero, el amor y la salud misma. Una amistad, Dude… me hubiera servido de mucho.

— ¡Cáscaras! Pues aquí estamos, los dos. Oye… ¿tienes algún cáncer o enfermedad de ésas?

—La ficha médica, en la última revista mensual, dice claramente, que mi organismo está en perfecto estado, salvo un poco de paludismo, algo de reuma, y síntomas de fatiga nerviosa. En términos

medicales, tengo vida para largo, y cualquier agente de seguros, me consideraría un espléndido cliente.

—Si es algo relacionado con la policía, da lo mismo, Lewis. Tú eres un caballero.

—Lo fui.

—¡Lo eres, cáscaras! Tengo sed… y no tendrás ni cerveza.

—Sí. Allí bajo mi litera, en la caja frigorífica.

La sed de Dudley Jeferson no se apagó con la media botella de cerveza, porque tenía por causa una ansiedad íntima.

Lewis. Sonner volvió a encender su pipa.

—Hay quien dice que el pasado muere, y por lo que a mí respecta, es inexacto. Cuando te digan que he muerto, Dude…

—¡Dios! Me estás poniendo el vello de punta. Hablas con tanta seguridad, que me estás haciendo creer que tienes encima de la cabeza una tonelada de leños a punto de caer.

—Mucho peor, Dude. De las avalanchas de maderos, puede uno escapar. Lo mío es inexorable. He renunciado ya a escapar. ¿Por cobardía? No, por cansancio. Bien, abreviaré. Cuando me muera, tú serás el único que sabrás si no todo, al menos quién me condenó a larga agonía. Y si sigues siendo mi amigo, harás lo que mejor te parezca.

—Lo que voy a hacer, es traer mi litera aquí desde ahora mismo.

—No, porque la muerte me llegará fatalmente, porque así lo decretó ella.

—Cáscaras! ¿Y quién es ella?

Lewis Sonner cogió la figura de marfil que representaba la dama negra, y dijo:

—La dama más bonita, la más delicada criatura humana que nadie pudo contemplar jamás. La «Dama de los Nenúfares».

—¿La «Dama de los Nenúfares»?

—Por hoy he hablado bastante. Tú sales, Dude, que te tocaron las blancas.

—¡Maldita sea! —exclamó Jeferson, casi congestionado—. Pero… ¿es que crees que yo soy un pez de sangre helada como tú? ¿Cómo puedes suponer que ahora estoy para ajedrez ni para nada…?

—Yo tuve la misma sangre ardiente de tu juventud, Dude. Menos atlético, pero también impetuoso. Si merezco o no la muerte, esto es cosa que yo no puedo determinar. Otro… tal vez tú, sí. Y seremos tan amigos, Dude, si tratas de vengarme, o consideras que me estuvo bien merecida la agonía que me ha otorgado la «Dama de los Nenúfares»…

Dudley Jeferson se pasó los dedos por los rizosos cabellos, haciendo muecas de impaciencia nerviosa.

—Es mucho mejor que me lo cuentes desde un principio, Lewis. ¡Cáscaras! Un hombre no debe resignarse a morir, por más que lo diga

quien sea. Si sabes que es la llamada Dama Nenúfar, ¡a por ella!

—Ya comprenderás… más tarde, cuando suceda lo que ha de suceder. Al dejar yo de vivir, hay un notario en la capital, que posee mi testamento. Te mandará aviso. Bueno, tú mueves, Dude.

Dudley Jeferson volvió a barrer las figuras. Se levantó, y la nuez del cuello fué visible en su subida y descenso. Algo dificultaba la normal deglución de Dudley Jeferson, que refunfuñó:

—Me voy a emborrachar, Lewis. Tengo libre la noche.

Lewis Sonner también se levantó, y su gesto natural en otro, y sin importancia, sacudió las fibras íntimas de Jeferson, porque por vez primera sobre su hombro se apoyaba la diestra del que dijo plácidamente:

—Gracias por tu amistad, Dude. Y ahora vete a divertirte. Recuerda únicamente que si citas alguna vez tan sólo estas cinco palabras: «La Dama de los Nenúfares»… estás perdido.

Dudley Jeferson quiso reír burlón, y no consiguió más que emitir un ronco sonido. Tenía el convencimiento absoluto de que Sonner no estaba loco, y de que era «un condenado a muerte».

También hizo un gesto, que en otra ocasión, hubiera resultado ridículo. Le dió una leve palmada en la mejilla al flemático Sonner, diciendo roncamente:

—Sea lo que sea, viejo… soy tu amigo.

Aquella noche, en el café cantante «Los Manises», todo el mundo estuvo de acuerdo en que Dudley Jeferson era un alegre salvaje, porque bailaba como un energúmeno, bebía como una gigantesca esponja, y cantaba como un becerro, según opinión de su elegida nocturna.

Al amanecer, Dudley Jeferson, dando tumbos mientras se acercaba a los hangares, gruñía:

—Fango, sudor y música. Eso es. Barro, lodo, ciénagas… La carne y los sesos que se derriten… y músicas de mosquitos tocando la trompa de la Marcha Fúnebre. ¡Todo nenúfares que nacen en el fango!… Bueno, que no dije nada, ¿eh? que conste, señor notario.

Un capataz sonrió, cogiéndole por los hombros.

—Buena túnica has pescado, Dude. ¿Te llevo a casita?

—Se agradece, se agradece… — y de pronto alzó la cabeza, como despejado—. Oye: ¿está de turno Sonner?

—Ahí lo tienes, como siempre, más tieso que si se hubiera tragado un poste.

Lewis Sonner andaba por encima de un puente lateral. Jeferson rió eufórico, y abrazándose a los hombros del capataz, gritó:

—¡«Jupiiii»! Llévame a la cuna, papá.

Al mediodía, alguien sacudió violentamente a Jeferson, que con la boca pastosa, se incorporó, gruñendo, mientras se asía la cabeza entre

las dos manos… Y también como si se despejara de pronto, gritó:

—¿Eh, qué? ¿Sonner…?

—Ni Sonner ni truchas heladas. Que te toca entrar de turno.

—¡Va en seguida, caballero! ¡Va en seguida! —exclamó contento.

Mientras se equipaba, pensó que la «Dama de los Nenúfares», a lo mejor, prolongaba mucho la agonía de Sonner. Y estaba ya maquinando un plan, que devolviera la paz de espíritu a Sonner.

Averiguar el notario, robarle el testamento, y ver si él, Dudley Jeferson arreglaba el asunto, porque era extraño, pero sabía que si Sonner se moría accidentalmente, le dolería casi tanto como cuando perdió a su hermano mayor, aplastado bajo un tronco mal calzado.

Mientras recorría los puentes y torres, le agradaba oír la música de los discos de Sonner. Melodías francesas y composiciones orientales.

A las seis de la tarde, un banderín indicó que había un nuevo reposo de cuatro horas.

Dudley Jeferson se precipitó hacia el hangar de Sonner. Al empujar la puerta, sonrió complacido.

Lewis Sonner de espaldas, apoyaba un índice en el dorso del álbum de discos, con la cabeza sobre el pequeño mueble…

Dudley Jeferson abrió la boca como para aspirar el aire que acababa de volatilizarse en sus pulmones…

La pipa de Sonner estaba en el suelo, humeando.

Dudley Jeferson gritó, angustiado:

—¡Lewis! ¡Maldición! ¡Lewis!

El muerto no pudo oírle, pero sí varios funcionarios que acudieron, irrumpiendo en el compartimiento de Sonner. No se fijaron en Jeferson que cubriéndose el rostro con las dos manos crispadas, no podía llorar porque a su pena, le ganaba un furor intenso contra una desconocida «Dama de los Nenúfares».

II

UN TESTAMENTO ORIGINAL

El notario de la ciudad de Panamá, examinó al que acababa de entrar.

—Según mi pasante, es usted el señor Dudley Jeferson.

—Y aquí tiene mis papeles que lo acreditan.

—Siéntese. Parece algo afectado como natural, puesto que Sonner debió ser su amigo, ya que hace apenas dos meses le instituyó su heredero. En la ficha médica decía que a su muerte, fuera yo avisado, para a mi vez, rogarle a usted pasara por mi notaría. Mala suerte también la de ser picado por la sabandija azul. Creo que los picados

por la sabandija azul, presentan un aspecto horrible.

—Sí. Se hinchan mucho, y la piel tensa se motea de blanco y azul. Al menos, éste es el efecto del veneno. Pero lo peor es que según dicen los expertos, el veneno de la sabandija azul causa una muerte asquerosa. Apenas el veneno entra por la piel, el picado se paraliza, quedando inmóvil. Se hincha poco a poco, y se ve morir… ¿Se da cuenta? Una agonía de cerca de media hora, y viéndose como la piel se estira…

—Por favor, por favor —dijo el notario, secándose la boca con un pañuelo—. Comprobado ya que es usted Dudley Jeferson, entra en posesión de los bienes de Sonner, que están relacionados en esta lista escrita por el mismo señor Sonner.

—Ya era hora.

—¿Hora de qué?

—De que antepusiera el tratamiento de «señor» al apellido Sonner, notario. Porque si los empleados del Canal somos quien más quien menos, aventureros, el señor Sonner era todo un caballero.

Con gesto avinagrado, sonrió el notario.

—No lo dudo. Aquí tiene el testamento. ¿Se lo leo?

—Venga.

El notario fue leyendo con entonación monótona:

—«Ante notario, y con dos testigos, yo, Lewis Sonner, mayor de edad, soltero, funcionario del Canal vengo en nombrar único heredero de mis escasos bienes a Dudley Jeferson, institución que hago por carecer de familia próxima, y carecer de interés por la familia muy lejana que reside en algún rincón de Europa.

«Con este documento relaciono mi guardarropía, mi baúl armario y mi radiogramola así como la llave adjunta de mi caja privada del Banco Central de la ciudad capital de Panamá.

«La caja privada no contiene ningún dinero, como podrá comprobar el empleado del fisco. Los ahorros de mis pagas, las envié a la Clínica de Desintoxicación de Drogas de Nueva York, como será fácil comprobar.

«Suscribo y rubrico en plena posesión de todas mis facultades.»

—Sigue la firma y demás fórmulas.

—Bien —y Jeferson cogió el documento y la llavecita—. ¿Qué tengo que pagarle?

—Pagó ya el… el señor Sonner. Adiós.

—Adiós.

En el Banco Central, el empleado que acompañó a Jeferson al sótano, manifestó:

—Usted abre, y yo solamente tengo que comprobar que no hay dinero ni piedras preciosas

Jeferson abrió la caja que le indicaba el empleado. Extrajo un

álbum de discos y una cajita. El empleado miró el interior de la cajita donde había un anillo.

Un anillo de plata con un sello. En el sello, una veta de marfil trazaba la imagen de una flor.

—No es piedra preciosa, y no queda nada más en la caja.

—Adiós. Tenga la llave.

En el cuarto de su hotel, y en disfrute de licencia de tres meses, Jeferson se sentó, dando vueltas al anillo que le ajustaba en el meñique izquierdo.

Sobre sus rodillas estaba el álbum de discos. Las etiquetas correspondían a títulos de músicas conocidas. Pero bajo cada mención de orquestas, había un número que era siempre el mismo: «7».

Jeferson meditaba. En la amplia, habitación había en una esquina el baúl armario que nada contenía de particular. El maletín radiogramola…

Se levantó, conectando el enchufe eléctrico que ponía en marcha el tocadiscos. Colocó el primer disco del álbum que estaba en la caja del Banco Central.

Unos compases de música oriental. Bajó la aguja lateral hasta que marcó «Soft», el tono más suave, que obligaba a avanzar el busto hacia el altavoz para poder oír.

El inverso también era música lánguida, dulzona, que enervaba. Y de pronto se decidió. Cogió el disco número 7 y sentado, se secó el sudor del rostro. Un sudor frío…

El disco, en sus lentas evoluciones, reproducía la voz de Lewis Sonner, aquella voz tranquila, decidida…

—«Eres tú el único ser humano que me ha inspirado plena confianza, Dude Jeferson. Y serás mi juez. Este disco grabado por las dos caras, lo dispuse cuando supe que no tardaría mucho en morir, y cuando supe que tú eras mi amigo. Un gran tesoro la amistad, Dude. Empiezo la confesión. No había fango ni sudor en Singapur el año 28, y yo tenía veinte años. Acababa de obtener mi grado de guardiamarina, y decidí mojar los galones. Hermosa ciudad la de Singapur. Todas lo son, cuando se tiene veinte años. Era una escala de tres días, pero el guardiamarina Lewis Sonner desertó. Fué sencillo y a la vez difícil para que lo entiendas fríamente. Me enamoré. Se llamaba Silvia Parker. No te la puedo describir. Era hija de un plantador inglés y una malaya de categoría casi principesca. Nos enamoramos, y los días eran siglos, y las noches, fracciones de segundo. Poesía de los veinte años… Y debí morir entonces, pero seguí viviendo. El plantador inglés era inglés y plantador. La princesa malaya era malaya y princesa, pero también capitaneaba piratas malayos. Había muerto el piloto europeo y necesitaba otro piloto. Yo. Acepté, y Silvia Parker, me entregó entonces un anillo; éste mismo que es tuyo ahora. La flor

es un nenúfar. Los malayos llamaban «Dama de los Nenúfares» a la madre de Silvia, y es un título hereditario. Por espacio de dos años fui piloto del velero malayo, que traficaba en opio, hasta que logré mi venganza. Hundí el velero, llevándolo a unos arrecifes. Yo sabía que sería incapaz de matar a Silvia, ni delatar. Preferí morir, pero me recogió exánime un paquebot australiano. Cinco años en Australia, como minero. Ocho en Francia, y seis entre Inglaterra y España. No quería volver a Asia. De vez en cuando recibía una cajita conteniendo un nenúfar de marfil. La recibía el día antes de partir, y partía porque el nenúfar me impulsaba a ello. ¿Cobardía? Posiblemente, porque las torturas malayas son algo increíbles, y vi torturar a prisioneros. Embarqué hacia Panamá, y estoy hablándote, porque acabo de recibir otro nenúfar de marfil. Ya no me voy. Me quedo aquí.»

La aguja se inmovilizó, y Jeferson dió vuelta al disco.

«Tú pensarás que ella me engañó porque necesitaba un piloto cándido. Pudo fingir amor, pero me dió felicidad, aunque después la pagué muy cara. Mi deserción apenó profundamente a mis padres, que tenían un sentido rígido de la moral. Él, murió sin perdonar, según supe. Ella, mi madre, murió ansiando verme… ¡Y este es mi crimen!»

La voz de la grabación tuvo una alteración…

«No importa que yo condujera a piratas en saqueos de plantaciones, muertes, violaciones y torturas. No importa que el opio que yo llevaba a buen puerto, enfermara hasta la locura a miles de seres. Nada de esto importa… Mi madre que me despidió alegre, murió lentamente, porque le aseguraron que era un mal hijo el que con vida no escribía ni hacía nada por verla. Pero yo sabía que si volvía a mi casa, tal vez… ella pagaría. No hay más, Dude. Es una historia de la cobardía de un enamorado. Y también la del que mató a su propia madre. Tú eres mi juez. ¿Sigues siendo mi amigo? Me agradaría morir pensando que tú, un valiente, destruirás lo que no supe destruir. Pero también juzgo egoísta enviarte a una muerte horrible, porque no sabes lo que es la mentalidad de un inglés sin escrúpulos entroncando con una malaya de refinado salvajismo. En mi baúl está el tablero de ajedrez. Contiene diez billetes de cien libras, que son para ti, sin impuesto fiscal. Mi último contrabando. Con mil libras, puedes viajar… Francia es deliciosa… España es magnífica… Cronometrando me quedan aún varias frases. Hasta los veinte fui un caballero, Dude. Pero después… he vivido una larga agonía, y creo que no me suicidé, porque lo estimaba un castigo justo. Como sueles decir con frecuencia… Oye, mira… ¿Viste nunca la cara que pone un hombre cuando lee de pronto en un periódico una esquela con el nombre y el apellido de su madre, a la que no ha visto desde sus veinte años? Un periódico que le envían en una cajita conteniendo un nenúfar de marfil. Queda poco por decirte, mi buen amigo. Si me conservas amistad, reza por mí, que

infinita ha de ser la misericordia divina, para que halle paz mi alma. Dos o tres vueltas más, Dude… Espero que al menos, si he vivido como un cobarde fugitivo, habré muerto como un caballero… ¿Cómo? Qué importa… Tú eres mi juez… y eras mi amigo. Adiós, Dude. Si es cierto que el espíritu sobrevive, estaré viéndote… ¡Adiós!»

Dudley Jeferson dábase masajes en la cara. Al menos ese parecía ser su propósito, hasta que logró dominar los convulsos movimientos de sus músculos faciales.

Tragó varias veces antes de poder hablar con voz reposada, primero algo temblona, mientras sostenía entre las manos el disco número 7, en cuya etiqueta se leía:

«Violines malayos».

«Orquesta Rhode».

—Oye, mira, Lewis… Pagaste muy caro un mal amor de los veinte años. Pero… si tu espíritu me oye como creo, bueno… ¡sonríe, viejo! Yo destruiré lo que te destruyó.

Volvió a colocar el disco en su funda, en el álbum. Después manoseó el tablero de ajedrez hasta encontrar un resquicio, que ensanchó, en la tela que cubría la base.

Diez billetes crujientes, nuevos. Tal vez muchos años de economías.

Por último miró el sello con el marfil representando un nenúfar. Giró el aro hasta que el sello quedó oculto bajo la palma.

Anochecido, consultó la lista de buques que habían pedido acceso al Canal. Los conocía a casi todos. Miró sólo los de la línea inglesa.

El «Admiral», rumbo Singapur, tardaría aún dos días. Fué a la agencia de pasajes aéreos. Su documentación de funcionario del Canal, con licencia, equivalía a un pasaporte. Había pasaje para Australia, donde podría coger avión holandés a Java, y de allí a Singapur. Era el medio más rápido, y relativamente económico.

Reservó plaza para el día siguiente a las ocho de la mañana.

—¿Equipaje, señor?

—Una radiogramola portable nada más.

—Bien, señor Jeferson.

Regresó al hotel para cenar. El gerente le advirtió:

—Aquella dama le espera, señor Jeferson.

Dudley Jeferson miró hacia el sillón del vestíbulo. No conocía de nada a la mujer que, fumando con indolencia, examinaba una revista de modas.

—¿A mí?

—Telefoneó el notario John Andrade, preguntando si usted se alojaba aquí. Era el sexto hotel que consultaba. Al replicarle que usted se alojaba aquí, colgó. Poco después llegaba esta señorita, y preguntó también por usted. Dijo que venía de parte del notario Andrade…

Dudley Jeferson se dirigió hacia el sillón. Ella alzó la mirada de la

revista, mientras aplastaba el cigarrillo en un cenicero.

Bajo la pamela blanca, los cabellos eran muy negros, así como los ojos. Un bolero blanco enmarcaba la blusa rayada de azul. La falda azul modelaba unas piernas atractivas.

Destacaba en el rostro blanco, la línea roja de los labios finos. Tendría unos veinticinco años, calculó Jeferson.

Ella habló en inglés algo exótico:

—Cuando termine de recorrerme con la vista, usted dirá si debo llamarle grosero.

—Llámeme Dudley Jeferson, si le es igual.

—¡Ah, es usted Dudley Jeferson! Tengo una mala noticia para usted.

—Dicha por según que bocas, la misma sentencia de muerte puede ser llevadera.

—Me cablegrafiaron la muerte de Lewis Sonner, y acudí en avión. Pero resulta que, al parecer, es usted el heredero de Lewis Sonner.

—Sí. Y a todo esto, ¿usted quién es?

—He venido a impugnar el testamento. Sépalo.

—Perdió el dinero del pasaje por avión. Lo que deja el señor Sonner poco ha de servirle, y no valdrá ni…

—Un momento, un momento —dijo ella, con petulancia, levantándose. Era alta, y su anatomía demostraba práctica deportista —. Sepa usted que la herencia de Lewis Sonner, suma, aproximadamente, el millón de dólares. Y yo soy Sandra Sonner, sobrina de Lewis Sonner. El notario Andrade asegura que el testamento es rebatible, por cuanto Lewis Sonner ignoraba que había heredado casi un millón, a la muerte de su madre. Personalmente me importa muy poco Lewis Sonner…

—¡Señor Sonner, si le es igual!

—Poco a poco, que a mí no me chilla nadie Lewis Sonner fué un canalla y…

Dudley Jeferson dió media vuelta, crispados los puños, y a larga zancada llegó hasta la puerta giratoria. Una mano femenina detuvo el giro de los cristales, y a sus espaldas Sandra Sonner dijo:

—Sepa perder el millón, Jeferson, porque lo perderá si pleitea. En cambio, si se abstiene de pleitear, le daré una compensación.

Dudley Jeferson giró lentamente sobre sus tacones. Sonreía, pero ella retrocedió dos pasos.

—La única compensación que pido no me la va a dar, Sandra Sonner.

—Pi… pida.

—Darle una azotaina por juzgar a un caballero al cual, usted, una niña pitonga y engreída, no es ni siquiera digna de descalzar. Oiga, mire, vuelva al notario y échense salivilla los dos en las yemas de los

pulgares contando los billetes de mil, hasta que amontonen completo el millón. Y dedique un billete a comprar un manual de feminidad y delicadeza. Y después revuélquese en los billetes… Y por último, olvídese de que existo.

—Oh… ¡oh!… —apenas acertó ella a bisbisear, en el colmo de la indignación.

Pero ya Jeferson había salido, y sólo quedaba la puerta giratoria, dando unas vueltas vertiginosas…

Sandra Sonner, pasó del color guinda, al normal sonrosado en las mejillas. Se aproximó a un individuo sesentón que apoyaba la barbilla en el puño encorvado de su bastón.

—Papá… ¿has oído al muy grosero y mal educado que…?

—Lo oí perfectamente, Sandra. El muchacho es un toro, y tú empezaste a agitar delante de sus hocicos, el trapo rojo de tu insolencia. La culpa la tengo yo por haberte consentido tanto. Debiste empezar por decirle que siendo tú la hija de la difunta hermana de Lewis, tu abuela al testar en favor de su hijo Lewis, determinó que en caso de muerte de Lewis, comprobada, la herencia pasara a ser tuya. Debiste también comprender que este toro… digo, este muchacho, era amigo del canalla de Lewis. Y por fin, eres mayor de edad, y yo vivo retirado del ejercicio de la abogacía. Es tu herencia y no la mía, puesto que la mamá de Lewis, no me tenía mucho aprecio… Ya ves, porque dije que su hijo era un canalla.

—Papá, tengo que hablar otra vez con ese grosero sujeto.

—Yo no te lo impido, querida.

—Pero… contigo a mi lado.

—Tengo cincuenta y ocho años, querida Sandra. Y si no hice ejercicio contigo, a base de una buena azotaina diaria, es ya algo tarde para empezar a fortalecer mis músculos.

—Anda, papá, que cuando quieres, eres muy elocuente… Ya más que el millón, quiero que ese mal educado, me presente excusas.

—Mi experiencia psicológica me hace suponer que tienes más seguro el millón que… Bien, bien… Vamos en busca del heredero de un testamento original. Nunca vi el caso de un hombre que como Sonner, borraba tan sabiamente sus huellas, como si no quisiera cobrar la herencia. Para un canalla como él, esta delicadeza…

—¡Dijo que no tenía delicadeza! Vamos, papá. Tienes que encontrar a este Jeferson. La ciudad es pequeña.

—Es mucho mejor esperar aquí. Volverá, y si tú desapareces, iniciaré mi labor diplomática.

Ella titubeó, y por fin dijo:

—Voy a cenar. No bebas mucho, mientras.

Elmer Jones, viudo muy resignado, y padre también resignado, se irguió dignamente, en alto un índice severo.

—Tú dispones de tu millón y yo dispongo de mi libre albedrío en lo que a mi capacidad de ingestión líquida, concierne. Lamento tener que recordarte que el médico me recetó como tónico imprescindible…

Cesó en su discurso ofendido, porque estaba solo. Se dirigió hacia el bar, instalándose de modo que viera la entrada.

Al aproximarse el camarero, le miró críticamente. Dijo:

—Por causas infortunadas, debo recurrir a procedimientos especiales. Tráigame ginebra «Gordon» y agua. Un instante, por favor. En la copita de ginebra, el agua, y en el vaso grande de agua, la ginebra.

Y dignamente, Elmer Jones se alisó los blancos aladares, mientras el camarero tardaba unos instantes en recuperarse.

El viudo que hacía ya doce años que llevaba luto riguroso, debido a que el color negro le adelgazaba, miró con aprecio los dos vasos que el camarero colocaba delante suyo, en la mesa. Comentó:

—Usted es eficiente. Ha habido pocos preclaros varones de la grey camareril, que trajeran el frasco y escanciaran en el vaso grande, destinado a agua. Completamente inconveniente. ¿Qué le debo?

—Un dólar, señor.

—Dos. El otro para usted, y guárdeme el secreto. Tengo una hija, ¿sabe? —y Elmer Jones suspiró.

Bebió un sorbito de agua en la copita, y rápidamente engulló un largo trago de ginebra del vaso grande.

Quedaba la mitad de la copita, apenas un dedo en el vaso grande, cuando llamó al camarero.

—Hágame el favor de indicar al caballero llamado Dudley Jeferson, aquél que se apoya en el mostrador, que yo, el abogado neoyorquino Elmer Jones, deseo saludarle. Que me vea las canas, y acudirá.

Jeferson miró hacia la mesa mientras el camarero decía:

—El abogado Elmer Jones desea saludarle, señor Jeferson. Es un tipo gracioso. En el vaso grande hay ginebra, y en la copita, agua… Es de Nueva York.

Dudley Jeferson se aproximó, detallando los claros ojos grises, la nariz algo sonrosada, y el total aspecto de dignidad del abogado Elmer Jones.

—Yo soy Jeferson, y le saludo.

—Elmer Jones, viudo y abogado.

—¿Usted representa, por casualidad, a cierta señorita llamada Sandra Sonner?

—Mucho peor, mucho peor… Soy su padre.

Dudley Jeferson no pudo, evitar una sonrisa divertida, sentándose en la silla que le señalaba Jones.

—Me casé con la hermana de Lewis cuando éste era un muchachito muy simpático. Mi esposa falleció hace doce años, y yo cogí

demasiado cariño a Sandra. El resultado ya lo ha visto: Sandra es tiránica y demasiado franca. También es pronta en sus juicios. Pero es una magnífica criatura, aunque me esté mal el decirlo. ¿Desea tomar algo?

—Lo mismo que usted.

Al camarero que acudía, dijo Jones con aire absorto:

—Exactamente lo mismo para el señor, como corresponde. Y exactamente lo mismo que he tomado. No hay nada como un poquito de ginebra con mucha agua. Es digestivo, tónico, saludable… Bien. Mi suegra, que en gloria esté, sufrió bastante. Yo tuve la desgracia de emitir opiniones algo imprudentes, sobre Lewis por cuanto juzgué, sin conocer a fondo la realidad. La cuestión es que mi suegra, una dama muy buena, decidió que si Lewis moría, heredaba mi hija. La pobre señora…

Se interrumpió para beber, receloso, un pequeño sorbito de la copa destinada a licores. Sonrió. Era agua. Un camarero listo aquél. Contempló como Jeferson apuraba de un trago su copita, para después decir:

—Excelente ginebra. Es «Gordon».

Un destello afectuoso chispeó en los ojos del abogado.

—Celebro que conozca las virtudes de la buena ginebra. Como decía, ¿qué decía?…

—Que la pobre señora…

—Ah, sí, tuvo una muerte horrible, la pobre. Un pequeño saurio que en latín se llama «Pulchride Ferrus»… A propósito, esto me recuerda un chiste muy bueno. El que consulta a un médico y le ruega: «Dígame, pero no en latín, la enfermedad que padezco, para podérselo repetir a mi esposa». El médico responde: «Padece usted alcoholismo agudo». Y el otro replica: «Entonces, dígamelo ahora en latín para que pueda repetirlo a mi esposa». Y la pobre señora Sonner murió envenenada por la picadura de una sabandija llamada vulgarmente azul… Una sabandija poco corriente. Misterios de la Naturaleza… ¿Pero qué le sucede, Jeferson? Está usted pálido… ¿Qué le sucede, Jeferson?

III

LA SECTA DEL NENUFAR BLANCO

Dudley Jeferson empezó a sentir un odio obsesionante hacia cuanto se relacionara de cerca o de lejos con un nenúfar blanco.

Llamó al camarero para pedirle una copa doble de ginebra. Elmer Jones bebió con mueca virtuosa su vaso de «agua».

—¿Usted sabe de qué ha muerto Lewis Sonner? —inquirió Dudley.

—El médico dijo que presentaba en la nuca la mordedura de un reptil venenoso.

—Le vi muerto. Estaba hinchado, completamente azulada y con aros blancos la piel tensa.

Elmer Jones se acarició el blanco bigote en cepillo.

—Así murió la pobre señora Sonner. Una coincidencia extraña.

—La sabandija azul que usted llama «Pulchride Ferrus», no abunda. Bien que aquí en el Canal, infestado de toda clase de bichos, muriera incidentalmente Lewis, pero allá en Nueva York…

—El médico dijo que se daban casos de muerte por extraños reptiles llegados a la ciudad a bordo de barcos asiáticos y africanos.

—Y esta sabandija azul tenía la dirección de la señora Sonner, y después de picar a muerte, telegrafió a otra sabandija azul para que años después, en la octava esclusa del Canal, picara en la nuca a Lewis Sonner.

—Una coincidencia muy extraña, cuyos considerandos podrían dar lugar a resultandos, que otro sí….

Se interrumpió el abogado, porque se aproximaba Sandra Sonner. Dudley Jeferson permaneció sentado, y ella dijo:

—He comprado dos manuales, Jeferson. Uno de delicadeza femenina para mí, y otro del curso elemental de cortesía para aprendices de caballero.

Dudley Jefferson hizo un gesto como el que ahuyenta una mosca.

—Apártate, le dijo la sartén al cazo. Cuando usted se comporte como una dama, yo sabré corresponder. Usted llegó, me abordó, y me insultó.

Elmer Jones daba cabezadas de aprobación. Su hija vino a sentarse a su lado. Prestamente, Elmer Jones engulló el resto de su vaso grande.

—Por mí no hay pleito. La herencia legada por la señora Sonner, le pertenece, puesto que ella así lo quiso. Pero me quedo con los efectos personales de Lewis.

—Su generosidad es extraña por los tiempos que corren, Jeferson —replicó ella—. Puede pleitear, ¿sabe?, y posiblemente obtendría una tercera parte, porque al fin y al cabo, costaría mucho demostrar que Lewis Sonner ignoraba que hubiese heredado…

—Si a usted le gusta pleitear, al lado tiene a su papa. ¿Desea algo más, señor Jones?

—¡Un momento, un momento! —atajó ella, furiosa—. Sepa, Jeferson, que es el individuo más aborrecible, más grosero y más antipático, que he conocido.

—Me parte el corazón oírlo, pero ahora tengo cosas más importantes en qué pensar, que dedicarme a discutir con una mocosa consentida, que teniendo un padre con blancos cabellos, se dedica a insultar a desconocidos.

—Usted me chilló.

—Hija mía, debo exponer un axioma: no hemos emprendido el viaje desde Nueva York, sin escala, a Panamá, para entablar asaltos de esgrima verbal con el joven Jeferson. Hay algo, Jeferson, que no he acabado de asimilar. La ginebra, de costumbre… bien, las dos copitas que he tomado, suelen aclarar mi cerebro. Pero no veo el motivo, por el que usted, un hombre cabalmente sano, recto y que no se muerde la lengua, defiende con tanto empeño la supuesta caballerosidad de Lewis. Posiblemente ignora que Lewis, a los veinte años, desertó, y nunca más volvió a aparecer, siendo la causa del pronto final de sus padres. Se comentó que prefirió encanallarse con una mestiza malaya, y piratear. Si supimos que estaba en Panamá, se debe a que nos fué cablegrafiada la noticia de su muerte.

—¿Quién les cablegrafió?

—Lo ignoro, por cuanto en vez de firma llevaba una mención rarísima. Pidieron aclaración por temor a haber trastocado letras. Decía al final de la comunicación: «Nenúfar».

Dudley Jeferson sonrió ácidamente. Alzó la mano izquierda, mostrando en la palma el sello del anillo. Elmer Jones adelantó el rostro.

—¡Un nenúfar! —exclamó asombrado—. Si usted nos cablegrafió, podía haber firmado con su nombre. Bueno, tengo entendido que los nobles caballeros de la aventura son originales y excéntricos.

Jeferson miró ahora a Sandra. Y de pronto se decidió, levantándose:

—Tal vez le pueda interesar, señor Jones, oír la confesión de Lewis

—¿Oír…?

—Me temo que al igual que los corsos con su «vendetta», los

malayos extienden su venganza hasta el último retoño de la familia enemiga, ¿De qué murió su esposa, señor Jones?

—Peritonitis. Un desgarro intestinal.

—Que pudo ser producido por ingestión inconsciente de partículas cortantes. Era hermana de Lewis. Una Sonner, como lo es usted, Sandra. No me miren como si estuviera demente Vengan conmigo, y así quizás se formarán una idea de quién les cablegrafió la muerte de Lewis.

Padre e hija siguieron los pasos de Jeferson, atónitos los dos. Entraron en la amplia habitación, donde Jeferson les señaló dos sillas, y al sentarse ellos, colocó la radiogramola portable junto a los dos.

—Lewis me consideraba su único amigo. Me dijo que estaba condenado a muerte, porque así lo había sentenciado la «Dama de los Nenúfares». Este anillo pertenecía a Lewis. Se lo dió como prueba de alianza la «Dama de los Nenúfares». Lewis no quería ya seguir huyendo. Estaba agotado, resignado,



...trataba de rascarse la espalda con un abanico...

estimando que su larga agonía, era merecida. Y ahora, oigan a Lewis Sonner…

Con el diapasón bajo, puso en marcha el disco…

—«Eres tú el único ser humano que me ha inspirado plena confianza, Dude Jeferson…»

Cuando dejó de oírse la voz de Lewis Sonner, Jeferson quitó el disco y encerró el álbum dentro del compartimiento del aparato portable.

Se volvió dispuesto a ser agresivo en su pregunta, pero se suavizó. Sandra Jones Sonner lloraba silenciosamente…

Elmer Jones, tieso en su silla, apoyada la diestra tras el pabellón auricular, parecía haberse quedado paralizado en esta postura de intensa atención.

—Muy caro pagó Lewis, un primer amor. Y ahora, deduzca… Han muerto los padres de Lewis, su hermana, él… ¿Qué Sonner queda? Usted, Jones, no es un Sonner. Su hija, sí. Y la «Dama de los Nenúfares» no se detendrá hasta no haber exterminado el último brote de Sonner.

Elmer Jones apoyó ahora la barbilla sobre el arco de su bastón.

—Parece increíble, pero es veraz. Y ahora, hija mía, por vez primera en la historia de nuestras relaciones, te callarás… ¡porque te lo ordeno! Te limitarás a escuchar sin interrumpir.

—Sí, papá —replicó ella dócilmente, porque además de emocionada, estaba profundamente asustada.

—Sentemos premisas axiomáticas: dos Sonner han perecido mortalmente envenenados, siendo casi indiscutible, que por acción directa o indirecta de la «Dama del Nenúfar». Es posible que mi pobre esposa, también… Pero no hay una conclusión definitiva: no he de consentir que a mi hija le suceda el menor daño.

—Esta es su obligación, señor Jones. Cambien de nombres, váyase a lejanas tierras, soliciten protección…

—No basta. Los Sonner, exceptuando al desgraciado de Lewis, eran gente pacífica, de vida tranquila… ¿Qué daño hicieron ellos a esta pérfida malaya? Debo vengar… ya no podría beber a gusto mi tónico, atormentado por la sospecha de que mi pobre esposa, por ser una Sonner, murió… Recuerdo ahora haber leído que en Oriente mueren muchos seres, de aparente peritonitis. Sí, hay desgarro intestinal y estomacal pero en sus comidas han introducido ínfimas partículas de bambú… Es horrible. Nunca he deseado el mal ajeno, pero lamento ahora no tener mi juventud, unos músculos ejercitados, y una valentía sin tacha, para morir gozoso, si moría exterminando a la «Dama del Nenúfar» y sus sectarios.

—Usted proteja a su hija, que músculos, juventud y decisión, los tengo. He pedido pasaje para Singapur para iniciar allí mi búsqueda de la malaya Silvia Parker.

—El «Servicio Secreto» inglés y el americano, luchan en Malasia para terminar con la piratería.

—Ya he pensado en ello. Mañana, a las ocho, tomo el avión hacia allá.

Elmer Jones se acarició el mostacho.

—En Singapur, protegida por el «Servicio Secreto», mi hija estará más segura, y además… cuanto antes sabremos si los Nenúfares son exterminados. ¿Tiene objeción a que seamos sus compañeros de viaje?

—Hasta Singapur, de acuerdo. Después, iniciaré mi búsqueda, con mis propios medios.

Atribulada, Sandra Sonner obedeció el gesto perentorio con el cual su padre le señalaba la puerta. El abogado se levantó:

—Me complace haberle conocido, Dude.

—Digo lo mismo, señor.

—Hasta mañana ¿Qué línea?

—«T. T. W», escala en Sydney, transbordo para Java, y de allí a Singapur.

—Buenas noches, Dude.

Elmer Jones durmió aguadamente, viéndose acometido por gigantescas salamandras azules, y peleando a brazo partido con una turba de malayos que agitaban horquillas en cuyo extremo había dos dientes venenosos, impregnados de la secreción de la sabandija azul.

Y cada vez que iba a ser mordido, un brazo hercúleo se interponía. Dudley Jeferson aplastaba salamandras y malayos…

A las seis de la mañana, levantado, desayunó con una copita de ginebra. Obligó a su hija a levantarse, y acompañarle. Esgrimía por la calle su bastón con aire de espadachín, presto a la defensa y al contraataque.

Vivía su primera, aventura. Dejó a su hija en la agencia aérea, y se encaminó hacia la librería que le habían recomendado.

Tuvo que sacudir repentinamente la campanilla, y por fin un soñoliento individuo vino a abrir.

—Quiero comprar todos los libros que tengan relación con asuntos orientales, preferentemente Malasia. También los doctrinales de sectas, historia de religiones, etcétera, etcétera.

—Aquel estante, señor. Desde Confucio y Buda, hasta Ling-Yu-Tang.

Elmer Jones reunió veintidós libros, que, obsequioso, el mismo librero se ofreció a llevar a la agencia aérea, porque el norteamericano añadió dos dólares de suplemento, sobre el precio ya duplicado, por haber «arrancado del lechó a un honesto repartidor de cultura».

En el avión, padre e hija ocuparon dos asientos delanteros, Dudley Jeferson el último.

La azafata llevaba de vez en cuando un libro enviado por Jones a Jeferson, para que fuera documentándose. Y la misma Sandra se interesó en aquellas exóticas lecturas, donde las más atroces indignidades, tenían cierto poso de romanticismo.

Una constante preocupación era compañera de Elmer Jones y su hija. Cuando en Sydney subieron dos comerciantes de Cantón, Elmer Jones, de vez en cuando, miraba de soslayo.

En las comidas, tardaba mucho en triturar los alimentos en el plato, obligando a hacer lo mismo a su hija.

En el transbordo en Java, Jeferson conocía ya la historia de la antiquísima «Secta del Nenúfar Blanco», cuya iniciación tuvo lugar el año 1268, cuando ante la invasión de los mongoles de Gengis-Khan, la raza china fundó una sociedad secreta que tomó por emblema un

nenúfar blanco.

La historia era prolija en materias religiosas, divisiones de grados, desde el clan de la «Garra Amarilla» hasta los fanáticos de la «Red del Dragón Negro».

Bandas de piratas malayos, formando «tong» independiente, adoptaban también el emblema de alguna de las numerosas sectas, filiales sumisas, o rebeldes y perseguidos por el mismo «Nenúfar Blanco».

Optó Jeferson por esperar a documentarse personalmente en Singapur. Le era difícil creer que una sociedad secreta oriental, de sabiduría milenaria, decretase la muerte de dos mujeres, porque un Sonner hundiera un velero de piratas malayos traficantes en opio.

Cerca ya del término del largo viaje, Elmer Jones definió la situación entre ambos jóvenes:

—Las quisquillosidades personales, han desaparecido ante el embate del peligro constante. He decidido ya que en Singapur te recluyas en el consulado americano.

—Sí, papá.

Elmer Jones, dentro de su inquietud, mezcla de miedo y afán vengativo, sentía un poco de euforia. Gracias al temor de su hija, ésta se comportaba como se hubiera comportado, si él hubiera sido un padre más severo.

Y había ganado otra batalla. Pretextando la posibilidad de un envenenamiento, envasaba ginebra en un frasco metálico que no era transparente…

Por fin sobrevolaban el estrecho de Sumatra, y al descender en el aeródromo de Singapur, los tres cogieron un «taxi» para dirigirse rectamente al consulado americano.

Un amable secretario, informó que en efecto, en el consulado había residencia para mujeres, si corrían algún peligro.

Intervino Jeferson:

—¿Ha oído hablar de la «Dama de los Nenúfares»?

El secretario, sonriente hasta entonces, se envaró. Elmer Jones dijo:

—Le ruego acompañe a mi hija a la residencia protegida, y a nosotros dos nos indique con quién debemos hablar de la «Dama Nenúfar».

—¡Segundo piso, señores. Oficina Mixta. Tenga la bondad, señorita Jones. Por aquella escalera, señores segundo piso. Oficina Mixta.

IV

OFICINA MIXTA

La «Oficina Mixta», fué instituida a raíz del final de la guerra, tras el abandono forzado de los japoneses en su expansión La componían agentes especializados en la más complicada tarea del contraespionaje porque debían penetrar en los dédalos de la tortuosa mentalidad oriental.

Selectos agentes del «Intelligence Service» inglés, del «Deuxième Bureau» francés y del «Central Intelligence Agency» americano, trabajaban secretamente en unión, porque fuera en Ceilán, Indochina o Polinesia el enemigo era el mismo.

La vasta unión asiática, oponiéndose al dominio blanco.

La «Oficina Mixta» era llamada la «Legión Secreta», porque sus agentes, más que en ningún otro servicio secreto, tenían la vida pendiente de un hilo muy sutil.

En el despacho sede de la «Oficina Mixta», había tres hombres. Un francés, sentado en una esquina, leyendo una revista parisina. Un inglés, resolviendo un crucigrama, y un norteamericano que trataba en vano de alcanzarse con un abanico una porción de cuerpo entre los dos omóplatos, que le cosquilleaba.

Estaban de servicio «burocrático». Una semana aburrida, atendiendo quejas, peticiones absurdas, oyendo denuncias inverosímiles, y sólo de vez en cuando, uno de ellos, salía para investigar si la muerte accidental de un súbdito de su nacionalidad tenía algo que ver con el «Servicio Secreto».

El teléfono repiqueteó, y el americano, siempre intentando rascarse, descolgó. Era el secretario de recepción.

—Dos americanos y una señorita, han citado a la «Dama de los Nenúfares». Ellos suben. La señorita está en la residencia femenina.

—…*Okey*.

Ahorquilló, y dijo:

—Tres americanos, preguntando por la mestiza «Nenúfar». Han dejado a la hija en el gallinero.

El inglés dobló el periódico, y el francés siguió leyendo. La cuestión malaya pertenecía directamente al inglés.

Entraron Jeferson y Jones, yendo hacia la mesa, tras la que el americano les señaló sillas.

—Nuestra documentación —indicó Jeferson, colocando sobre la mesa su carnet, mientras Jones mostraba su pasaporte internacional.

El agente, llamado Carter, trató de ser amable, pero sus ojos miraban con dureza, el maletín que en la diestra tenía Jeferson.

—No lo tome a mal, pero será mejor que me permita ver lo que contiene ese maletín. Hubo una vez, un marino de nacionalidad yanqui, que entró aquí con una maleta similar… Contenía una bomba

explosiva, y él era un cómplice de piratas chinos.

Jeferson colocó el maletín sobre la mesa, abriéndolo. Dijo:

—Cedo la palabra al señor Elmer Jones, que como abogado, será más preciso y elocuente.

Elmer Jones se ajustó las solapas de su americana de luto.

—Como exordio, me limitaré a exponer que mi hija está en peligro, y murieron trágicamente la señora Adelaida Sonner, Electra Sonner, y el exguardia marina Lewis Sonner. Todos los indicios señalan que la muerte azul es obra de sectarios de la «Dama de los Nenúfares». Y sirva de preámbulo la, voz de Lewis Sonner.

El inglés y el francés se acercaron a medida que la voz de Lewis Sonner narraba su odisea. Cuando cesó, hubo un tenso silencio.

Por fin, el inglés, llamado Aubrey, comentó:

—Desde que Sonner pilotó el velero malayo, han sucedido muchas cosas. La ocupación japonesa, los ataques aliados, la tierra quemada, emigraciones… Los focos de piratería son inextinguibles, porque apagado uno, nacen de los rescoldos dos más. Y por último, les ruego me especifiquen el motivo de su visita.

—Encontrar a la «Dama de los Nenúfares» —replicó Jeferson.

El agente inglés no sonrió al contestar:

—Hace cientos de años que miles de aventureros y agentes buscan a la «Secta del Nenúfar». Algunos hallaron casi el recodo final… y la muerte.

—Yo busco, en concreto, a Silvia Parker.

—Silvia Parker… Hija del renegado inglés Parker, muerto en el pozo hormiguero, y de Sukami, princesa malaya, cuyo nombre hereditario, significa «Pechado de Delicias» muerta empalada en bambú de oro. Parker murió a manos de una favorita, por orden de la propia Sukami, quien a su vez pereció al ser apresada por un «tongo» enemigo.

—Yo busco en concreto a Silvia Parker.

—Silvia Parker… es también princesa Sukami. Vive, y la sangre derramada por cuantos intentaron vencerla, parece que la rejuvenece.

—Mi colega —intervino el americano— es amante de los símbolos poéticos. Yo seré más concreto, Jeferson. Usted sacuda en una cocktelera los restos de Al Capone, Dillinger y Diamond, añada unas gotas de Esther Williams, Mirna Loy y Dorothy Lamour, agite y al verter obtendrá un pálido reflejo de Sukami, o si lo prefiere, de Silvia Parker, el primer amor de Lewis Sonner. Las mestizas malayas a los quince representan veinte, a los treinta, veinte, y a los cuarenta, ochenta. Hoy Silvia Parker tendrá aproximadamente treinta y seis años. La edad más peligrosa, porque es fruta en sazón, compendio de maldad incomprensible para Dudley Jeferson.

—Cuando Lewis Sonner la conoció, él tenía veinte años.

—Verá usted mestizas malayas casadas y con hijos, que tienen catorce años, y representan veinte. Cuando Sonner conoció a Sukami, ella tendría catorce. Fué una historia que hizo ruido. Consta en los archivos. Concretando, Jeferson, ¿qué desea?

—Yo, de ustedes nada. Fué el señor Jones quien aludió al «Servicio Secreto»

—Y aquí estoy, porque estimo necesario exterminar los sectarios de Silvia Parker.

—Silvia Parker capitanea por herencia de sangre, piratas malayos. La Armada se ocupa de los piratas.

—¿Y dónde se halla Silvia Parker? —preguntó Jeferson.

—Los Estados Malayos y la Insulindia, son su casa. Eche un vistazo a aquel mapa. Habrá diez millares de islas, y multiplique por cien, y obtendrá el número de calas, baldas, selvas, grutas… Es sencillo: en cualquiera de este millón de sitios está Silvia Parker.

—Aprecio el buen humor —y rió Jeferson—. Pero les voy a dar una lección. Con tanta «Oficina Mixta», y mapas, no han aplastado aun a Silvia. Yo, con estas manos… —y, abriéndolas, Jeferson estrujó el aire — estrangularé a Silvia Parker.

El inglés Aubrey alzó una mano imponiendo silencio al colega yanqui.

—Extienda una licencia para armas de fuego, sin limitación, Carter. Y un salvoconducto particular para Java, a nombre de Dudley Jeferson. Inscriba a Dudley Jeferson como auxiliar temporal de la «Oficina Mixta». Haga el favor, Jeferson. Abra su mano izquierda, y muéstrele a Carter el sello del anillo.

Obedeció Jeferson, y el francés y Carter miraron el sello.

Silbó entre dientes Carter, desenroscando su estilográfica. El francés, dijo:

—Jerarquía «Phap», «Potencia Ejecutora». ¡El anillo que ella dió a Lewis Sonner!

—Este anillo le permitirá llegar a donde quiera, Jeferson —afirmó Carter—. Le bastaría con enseñarlo en determinados sitios, y pronunciar solamente la palabra «Sukami», para que le condujeran hacia ella. ¿Y qué, Aubrey? Con este anillo, puede también Jeferson ir a las pompas fúnebres y encargar un ataúd, diciendo que no se lo remitan a casa, porque se lo llevará puesto.

Intervino Elmer Jones:

—Y será así, porque Silvia Parker sabe ya que Sonner testó a favor de Jeferson, y que mi hija es una Sonner. Uno de sus sectarios, el que mató, habrá enviado una descripción exacta de Jeferson, de mi hija… y a lo mejor de mí mismo.

—Existe un noventa por ciento de probabilidades de que eso se confirme, pero también un diez de que Jeferson sea un desconocido

para Silvia.

—Acepto el noventa y el diez —declaró Dudley.

—¿Por qué pidió licencia para mí con destino a Java?

—Porque en Buitenzorg, poblado javanés, llevando usted este anillo visible, pronto encontrará a Silvia Parker. ¿Está dispuesto?

—Naturalmente.

—Bien, entonces…

El inglés, con una destreza pasmosa, hizo algo que dilató al máximo los ojos de Elmer Jones.

Se oyó un clic metálico, y las dos muñecas de Jeferson que apoyaba las manos en el borde de la mesa, quedaron prisioneras en doble cerco acerado y, el agente inglés apoyó la diestra sobre el eslabón de unión.

Aubrey dijo contritamente:

—Le pido excusas, señor Jeferson, pero me temo que con razones no hubiera conseguido nada, y alguien habría salido descalabrado. Usted y su acompañante aceptarán la hospitalidad del consulado. No rechine los dientes, Jeferson, porque yo soy el primero en lamentar esto. Pero algún día me lo agradecerá. Necesito su anillo. Y legalmente quedan ustedes retenidos en el consulado, hasta averiguar si eran infundadas mis sospechas de que fueron enviados de Sukami… porque este anillo es sospechoso, eminentemente sospechoso. Ayúdeme, Marcel, porque me temo que con mucha razón, el señor Jeferson, intenta pelear…

Desde atrás el agente francés cogió por los codos a Jeferson, cuyo rostro estaba al borde de la congestión rabiosa.

Carter hizo ademanes apaciguatorios.

—Tómelo con calma, Jeferson. En realidad, Aubrey es un profesional, y no íbamos a consentir que usted fuera a una muerte cierta.

—Mi piel es mía, ¿no? Y el anillo también, ¿no? Presentaré una reclamación judicial ante la Embajada, por… robo.

—Y nosotros presentaremos toda clase de excusas —repuso Carter — admitiendo que eran ustedes ciudadanos honorables… Pero, ¡es tan compleja la existencia por Malasia! Pueden ustedes llevar papeles falsificados… En fin, no se sulfure, señor Jones. Piense que si usted en Chicago, va a la policía, a contarle que tiene la llave del piso que es la guarida del enemigo número uno, la policía cogerá la llave, y le pondrá a buen recaudo, hasta haber visitado la guarida. Es como si yo fuera a defender causas en un tribunal, o Aubrey quisiera reparar la maquinaria de la esclusa octava del Canal de Panamá. Personalmente, nosotros tres les acompañaremos al sótano, donde hay estancias cómodas que cierran por fuera. No son reclusos, sino huéspedes. Vamos, Jeferson, sea buen jugador, ¡caramba! No mire así al buen Aubrey… porque cuando sepa que lo han empalado en junco de plata,

sentirá pena.

—¡Así lo empalen con un poste de teléfonos!

Rieron los tres agentes, y poco después, un ascensor particular, depositaba a los cinco hombres en un sótano anchuroso. A cada lado había puertas numeradas.

La marcada con el número 3, abrió sobre un confortable salón, con literas laterales, radio, biblioteca.

Carter anunció:

—Le voy a quitar las esposas, Jeferson. La agresión a un agente de la «Oficina Mixta», tiene pena de dos años de trabajos forzados en las canteras de Sumatra. Y no bromeo.

Tendió Jeferson las muñecas, que liberó Carter del cerco. En el umbral, el agente Aubrey se colocaba en el anular el selló del nenúfar…

Saludó sin burla:

—No me tenga, rencor, Jeferson. Yo admiro su fidelidad a un amigo, pero el propio Sonner consideraría que soy más eficaz, porque además de conocer los dialectos malayos, es mi deber y trataré de cumplirlo, eliminando a Silvia Parker. Usted me ha dado la llave.

Carter señaló a un lado.

—Tras aquella compuerta hay un montacargas. Al lado un teléfono. Pidan lo que quieran, y el montacargas lo traerá… salvo ganzúas y armas de fuego.

Se cerró la puerta. Jeferson dió unas zancadas futbolísticas, porque derribaba sillas.

—Estamos a salvo —comentó, tímidamente, Elmer Jones.

Puños en alto se abalanzó Jeferson, conteniéndose al ver que Jones se agazapaba tras un sillón.

—Déle gracias a que peina usted canas, ¡maldición! Usted me metió en esta ratonera. ¡Valiente «Oficina Mixta»! Son un trío de atracadores. Al inglesito ése, le calentaré yo las narices, cuando me lo eche en cara.

Elmer Jones se aproximó al teléfono, hizo girar la manivela. Al oír que una voz decía: «Mande. Servicio de bar y restorán», replicó:

—Un frasco de ginebra «Gordon», y dos copas. Gracias.

Abrió la compuerta, y esperó. Oyéronse unos chirridos, y por fin, la caja presentó un frasco y dos copas. La etiqueta «Gordon» emocionó a Elmer Jones, que cogió amorosamente el frasco.

—Estamos salvados —dijo—. Y mi hija también. ¿Una copa, Dude?

—¡Al diablo, viejo lioso!… Bueno, nada ganaré con rabiar. Acerque el frasco, calamidad. ¿Conque servicios secretos, eh?

Acercóse a la compuerta, mirando la caja. Sonrió. Con anillo o sin anillo, iba a ir, y pronto a Buitenzorg…

V

BUITENZORG

Elmer Jones se aproximó también, para opinar:

—Yo mismo no tengo cabida aquí dentro, Dude. Olvídelo.

Dudley Jeferson pasaba las manos por el interior de la caja. Comentó:

—Es del tipo doble cremallera, con cable de seguridad. Muy semejantes a los del Canal, sólo que aquéllos izaban toneladas.

Se apartó, para mirar en rededor. El aire era acondicionado sin ventanas, por refrigeración indirecta. En tiempos, aquel sótano había sido el dormitorio de una legación europea, resistiendo un asedio.

Había un pequeño cuarto de baño, de cuyo armario extrajo Jeferson varias toallas rusas de ducha. Las alisó, hasta anudar cuatro con dobles lazadas, firmes.

Elmer Jones lo contemplaba todo con curiosidad. Vió como Jeferson alzaba la caja, insertando bajo ella, a modo de palanca, la pata de una silla

Pasó el brazo por debajo y quitó la silla. La caja quedó suspendida a unos veinte centímetros de su apoyo.

—Todos estos montacargas del tipo «Armstrong» tienen debajo una plegadera con orificios, para los casos de avería por inversión. Para algo era yo el técnico en maquinaria del Canal.

Mientras hablaba introdujo el extremo de las cuatro toallas anudadas. No se vieron sus dos manos, pero Jones adivinó que estaba anudando el extremo a «la plegadera con orificios».

Se apartó Jeferson, frotándose las manos con placer. Cogió el teléfono:

—…Algo sólido para masticar, «chef».

Colgó, y miró cómo el montacargas iba ascendiendo, y por el suelo la toalla cuádruple iba reptando como devorada por la caja al ir subiendo.

Al inmovilizarse, sobraba aún medio metro. Dijo Jeferson:

—El resto es sencillo. Trepar por esta cuerda, y bastará con que aplique las manos en el reborde. Este montacargas no servirá sólo para el sótano. También subirá arriba. Ahora, comprobado ya que está sólido el amarre…

La puerta se abrió, y el agente Carter entró.

—Ingenioso, Jeferson. Pero otros ya lo intentaron. Vamos a conversar como compatriotas. Aubrey se marchó ya, henchido de fervor. Y yo he estado pensando unos minutos… Cada uno debe probar su suerte, ¿no? Usted quiere vengar a Sonner. Usted es mayor de edad, y no es ninguna doncella engañada, ni tampoco un cordero

que va a la degollina. Usted si cae, se llevará por delante algunos.

—¡Cáscaras! Esto ya va mejor, amigo. ¿De dónde es usted?

—Texas. ¿Y usted?

—Frontera Oregón-Columbia. Choque, amigo.

—Ahí va. Aubrey cogerá el avión que sale dentro de una hora. No se apure. Hay tiempo. Usted cogerá el siguiente. Hay dos por día de aquí a Batavia, la capital de Java. Yo asumo la responsabilidad. Estimo que tanto derecho tiene un chico de Oregón para ir a jugarse la piel, que un profesional de Londres. Pero esto sí, Dude… El anillo donde está, va bien. No se meta en el terreno de Aubrey.

—Palabra que no.

—Resulta que volví a escuchar el disco, y, ¡es mucho disco! En cuanto a usted, señor Jones, puede verse con su hija, y si lo quiere habitar aquí los dos. Hasta luego. Venga conmigo, Dude.

Elmer Jones titubeó, y por fin dijo:

—Yo iría, Dude, pero tengo miedo. Esperaré aquí y buena suerte, muchacho; buena suerte.

—No acabe con las existencias de «Gordon, que a mi vuelta hemos de cogerla de las grandes, viejo.

Fuera, y mientras ascendían, explicó Carter:

—Le llevo al arsenal. Elija lo más práctico, mientras le extiendo licencia de armas internacional. En Java son algo relajados, pero siempre podría surgir un contratiempo, si usted tiene que apretar el gatillo. ¿Qué tal de tiro?

—A cinco pasos, contra un malayo o malaya, no fallo. ¡Seguro!

Entró Carter en un largo cuartucho, a cuyos lados había estanterías, presentando toda clase de armas, desde el «kriss» malayo dentado, hasta el fusil ametrallador.

Se sentó en la única silla, y de la única mesa sacó una carpeta, en una de cuyas hojas escribió, aplicando varios sellos.

Dudley Jeferson hacía pruebas. Insertaba en su pantalón, entre la camisa y el cinto, varias armas. Por fin, dijo:

—Esta herramienta es magnífica, Carter.

—Una metralleta de los indochinos del Vietminh. Eligió bien, amigo. Poco bulto, y dispara cincuenta de un cargador en semiluna, en menos tiempo que se necesita para contar hasta cincuenta. Un arma muy envidiada. Hay malayos que darían un brazo por robársela. ¿De qué va a ir a Buitenzorg, muchacho?

—De Dudley Jeferson —dijo Dude comprobando que al cerrar su americana, no sobresalía la metralleta bajo la ropa.

—Quise indicarle que hay tres profesiones blancas que los malayos aprecian mucho: el piloto borracho, el médico expulsado por prácticas ilegales, y los expertos en maquinaria.

Tendió Carter una hoja de fibra vegetal, matasellada.

—Sólo para ser visto por comisarios holandeses. Y por último, ¿me acepta un consejo?

—Usted es un experto.

—En Buitenzorg hay tres castas, cuyos nombres aquí le apunto, que odian a muerte a la casta Sukabumi-Parker. La casta Delf-Dejong, mestizos holandeses y javaneses, perdieron el fruto de un año de fatigosa labor, cuyo producto pasó a los cofres de Sukabumi. La casta pura javanesa civilizada, los Damar-Woulan, tenían tres veleros que fueron incendiados por la horda de Sukabumi. Y por último, Pandji-Kelitik, perdió dos hijos, torturados días y noches por los piratas de Sukabumi. Aquí tiene los nombres. Son gente conocida en Buitenzorg. ¿Quiere despedirse de la guapa Sandra?

—Ya la veré a la vuelta.

—Así se habla.

Acompañó Carter hasta el rellano inferior a Jeferson. Se estrecharon las manos, y dijo Carter:

—Hasta pronto, amigo.

Pero cuando Jeferson hubo desaparecido, el agente Carter se encogió de hombros. Otro más, lanzado a la aventura más peligrosa para un hombre joven y civilizado: enfrentarse con Sukabumi, «Dechado de Delicias».

Dudley Jeferson comprobó que en Singapur quedaban aún restos de las huellas de los tenaces bombardeos. Pero no tenía el ánimo predispuesto a contemplaciones, porque su única obsesión era verse pronto ante Silvia Parker.

A las tres salía el avión para Batavia, desde donde un ferrocarril llevaba al viajero a Buitenzorg.

El empleado tomó nota: «Funcionario americano del Canal de Panamá, en disfrute de licencia de tres meses». Estaría controlado el informe por las autoridades holandesas del aeródromo.

En la casilla correspondiente a, motivos del viaje, el empleado, sin saber el humorismo de su anotación, inscribió: «Turista».

Por todo equipaje llevaba Jeferson la maleta radiogramola. Leyó las instrucciones para los viajeros a Java. Recomendaba «salakoff», y prendas ligeras. Velos mosquiteros, si tenían intención de internarse en la isla.

A las tres, cuando el avión volaba sobre el estrecho del Mar de Java, en rumbo recto hacia la poco distante Batavia, Jeferson, hojeando la guía obsequio de la compañía aérea, sabía ya lo esencial y superficial acerca de Buitenzorg.

También tenía humorismo. Buitenzorg significaba «Despreocupación», y era la estación veraniega y de placer de la isla. Algo así como el Miami de Java, pero no playero.

Deseosos de huir de Batavia, de sus calores, sus mosquitos, sus

fiebres, insomnios y los 40 grados a la sombra, los habitantes europeos encuentran la delicia alpestre con frescas noches en Buitenzorg, en el corazón del más lujuriante Jardín Botánico tropical que se pueda imaginar.

Es una pequeña altitud de 300 metros, situada junto a un valle encajonado entre altas montañas y boscosos volcanes.

Al descender en Batavia, todo el exotismo javanés apareció, mientras el autocar conducía a los pasajeros del avión hacia el departamento, en la capital, del comisariado holandés.

Plácidas holandesas rubicundas y gruesas, como madres cluecas entre numerosos chiquillos, paseando por las avenidas en carricoches amplios, tirados por parejas de «poneys»…

Palanquines llevados a hombros por cuatro malayos. Palanquines de cortinas cerradas. Ambarinas indígenas, con el «sarong» clásico, tela vistosa sujeta desde las axilas a los pies…

Sombreros picudos cónicos, «salakoffs», carritos tirados por un menudo javanés, arrastrando a un corpulento holandés abanicándose. Carretas de bueyes…

Pero Jeferson lo miraba todo con indiferencia. No era un periodista, ni un turista dispuesto a extasiarse ante un mundo nuevo.

En el comisariado, varios policías, recogían la documentación, la hojeaban, y con breves saludos, la devolvían.

De nuevo en la calle con su maletín-radio, Jeferson se vió asaltado por varios gesticulantes sujetos medio desnudos, de piernas musculosas.

Ignoraba que estaba oyendo los cuatro dialectos: el malayo, el javanés, el musulmán de Insulindia, y el madurés. Intercalaban palabras en inglés.

Tocó Jeferson el hombro de uno, diciendo:

—Ferrocarril Buitenzorg.

Los otros se fueron. El elegido, sonriendo, mostró sus negros dientes, entre los morados labios, colorido debido a masticar el bebel nacional, mezcla de tabaco, arek, miel y cal de concha de mar.

Algo molesto subióse Jeferson en el «rickshaw», y el javanés empezó a correr con zancada fácil, como el mejor de los caballos.

Se detuvo diez minutos después ante lo que parecía un gran hangar.

—Corona —saludó el portador.

Entregó Jeferson media libra esterlina, y el javanés, tras mirar la moneda, se prosternó de bruces, entonando:

—«¡*Sahab very rich man and most urgent*!» (El señor, hombre muy rico y con mucha prisa).

Acercóse Jeferson a una ventanilla, pidiendo:

—Buitenzorg.

Le tendieron un ticket, y dijo el taquillero:

—Tres rupias. Tengo cambio. Mil rupias por una libra, «sahab».

Cambió Jeferson cinco libras. Alguien le tocó en el hombro. Un individuo rechoncho, bronceado, que llevaba en la diestra un palo extraño.

—Voy a Buitenzorg. Puedo indicarle el mejor sitio en el tren. Soy el inspector de ruta.

Con el palo nudoso, en cuya empuñadura colgaban dos borlas doradas, el inspector de ruta, iba tocando espaldas, y prontamente abrían paso.

El tren era de vía estrecha, y sus vagones parecían de juguete. El inspector abrió una portezuela, y dijo:

—Sólo para turistas blancos. Son dos rupias, «sahab».

Saludó, y se fué. Instalado junto a la ventanilla, Jeferson permaneció solo todo el trayecto de cincuenta y seis kilómetros, que el tren recorrió en cuatro horas.

Valles magníficos con millares de «sawas» o arrozales, que se comunicaban entre sí por una infinidad de desagües y cascadas que los alimentaban sin cesar.

Puentes y viaductos, colinas exuberantes de flores, y por fin las dos cumbres volcánicas que enmarcaban Buitenzorg, «Despreocupación».

Cuando el tren se detuvo, abrió la portezuela el inspector. Era de noche, y por todas partes parecían caminar linternas de varios colores. Cada transeúnte llevaba la suya.

Alzó el inspector una de papel azul por dos costados, verde en los otros dos.

—«Sahab» preguntar, y yo por dos rupias más, contestar.

—Familia Delf-Dejong.

El oficioso empleado mestizo, replicó:

—Nadie irá, «sahab». Tendrás comprar caballo. Cincuenta rupias.

—Vamos al caballo. Dime, ¿por qué nadie querer ir casa de los Delf-Dejong?

El empleado, agitando su bastón de mando y su linterna, caminaba apresuradamente. Un modo de evitar la respuesta.

Saliendo de la estación, una larga calle descendente, atravesada por entre salientes de junco a modo de plataformas, casas bajas y blancas, chozas redondeadas. Era la salida «pobre», de los arroceros y portadores, de los faquines chalanes…

Y linternas por todas partes. Se detuvo el «inspector de ruta», golpeando con su bastón sobre la barra de un abrevadero, en que se anudaban las bridas de varios caballos de corta alzada.

Asomó una linterna de papel como un acordeón, color naranja y violeta. El inspector habló con palabras incomprensibles. Tras la linterna de fuelle, replicaron, también en dialecto javanés:

—Cincuenta rupias, «sahab».

El billete cambió de mano, y Jeferson entregó otro de cincuenta, al inspector de ruta, el cual tocó la grupa de un caballo.

—Tuyo, «sahab». Lo devolver tú cuando irte. Es ley. Puedes tenerlo un mes, un año, o diez, pero devolver si no morir… el caballo, al irte.

—Dime por dónde debo ir para llegar a los Delf-Dejong.

El mestizo cogiendo las riendas, dijo:

—Subir, «sahab». Yo conducirte —y mientras hablaba, colocó otra linterna, sujetando su remate en el arzón—. Subir, «sahab».

Jeferson buscó inútilmente unos estribos. Colgantes las piernas, casi rozando los pies el suelo, meditó que debía tener una extraña figura, llevando el maletín-gramola, y bamboleándose.

Había montado toda clase de equinos en Oregón, y apretó las rodillas. El caballo era negro, de larga crin, pero parecía muy viejo, cansado…

Las linternas desfilantes fueron disminuyendo, hasta que en un sendero húmedo, con olor viscoso, quedaron sólo Jeferson y el guía.

—Yo no poderte hablar allí, «sahab», pero tú darme cincuenta y cuatro rupias, muy fácil, sin yo tener que pedir mucho. No deberías ir al Pantano del Bosque de las Orquídeas, pero irás.

—Iré, si me dices cómo.

—¿Tú ves aquella luz blanca, allá abajo?

El inspector de ruta, tendía su bastón, hacia un punto que parecía una estrella a ras de tierra.

—Siguiendo recto, «sahab», siempre recto a la luz blanca, encontrarás un cebú.

—¿Cebú?

—El buey de largos cuernos de aquí. Lo encontrarás, porque es una estatua, y las ranas-toro croan dentro de la charca en que está la piedra blanca que es un cebú. Cuando llegues al cebú, y las ranas- toro con sus bramidos te orientarán tanto como la luz blanca, espera… Espera, y alguien vendrá.

—Comprendido. Me gustaría saber lo que pasa en el Pantano del Bosque de las Orquídeas.

Tardó el mestizo unos instantes en contestar. Acercó la cabeza, y en un susurro, que obligó a Jeferson a inclinarse para oírle, dijo:

—Viejo Delf estar loco furioso. Vieja Dejong encender barritas de incienso a los Malos Genios. Y joven Armida estar sola con joven hermano Pieter porque huir todos los servidores hace tiempo.

Jeferson vió cómo apresuradamente se alejaba el guía. Abrió su americana, por si necesitaba recurrir al uso de su metralleta. Había en el ambiente mucho olor a flores, pero también un «climax» de angustia, de opresión misteriosa

Palmeó el cuello del viejo caballo, avanzando por el sendero que

iba descendiendo hacia la luz blanca, el cebú de piedra y la charca de las ranas-toro, al encuentro de un loco furioso, una vieja maligna, y un par de jóvenes solitarios, sin servidumbre.

Todo en rededor era silencio, negrura… Apagó su linterna, y el caballo dócilmente iba obedeciendo, caminando por el estrecho sendero. No hacía el menor ruido, porque el suelo era un tapiz de hierbas y flores.

Transcurrieron unos cuarenta minutos de marcha, siempre en descenso. Y de pronto fué haciéndose cada vez más audible una extraña música. Algo parecido a bramidos, y redobles de pequeño tambor. Y al fondo del sendero, brillaban negras aguas, por refracción de una gran mole blanca de larga cabeza rematada por dos gigantescos cuernos.

El caballo avanzaba ahora con lentitud agobiante, porque aplomaba con recelo los cascos en el terreno fangoso y resbaladizo.

En plena obscuridad, Jeferson descabalgó, atando fuertemente las bridas alrededor de un tronco rugoso. Sobre la silla había una lona que le sirvió para cubrir su maleta-radio, asegurándola bajo la tela.

Era hombre avezado a selvas y bosques, desde los helados y silenciosos de Columbia y Canadá, hasta la ruidosa algazara de los selváticos parajes de América Central y los febriles pantanos de Panamá.

Sin embargo, en ningún lugar había experimentado la sensación indefinible de un peligro tan cercano, mientras se dirigía hacia el pantano donde croaban fragorosas, las ranas-toro.

A cada lado, veía las manchas de sangre de los hibisco, y las morbideces lechosas de las orquídeas. Colgaban lianas multicolores, y el agua fluía a cada paso, bajo la suela de la bota…

El redoble de tambor había cesado. Y repentinamente se hizo un silencio denso, opresivo. Enmudecieron las ranas, oyéronse sus zambullidas simultáneas antes de cesar en su cacofonía discordante.

Dudley Jeferson buscaba algo que le indicara la senda hacia la casa de los Delf-Dejong. La luz blanca procedía de una mecha de petróleo colocada en una hornacina, dentro de la pétrea testuz de un búfalo malayo.

Palpó con agrado, al detenerse, la corta culata, cuya guarda, ensanchándose arriba a los dos lados, contenía el tambor de cincuenta cartuchos. El largo cañón constituía una tercera pupila porque Jeferson tenía ya el convencimiento de que alguien le acechaba…

Estallaron a su lado unos gritos escalofriantes, y lo primero que vió fué un turbante rojo, después un rostro demoníaco, y por fin, el reflejo de un «kriss» dentado, en alto.

Iba a apretar el gatillo, porque aquel energúmeno que acababa de surgir a un costado del pantano, corría hacia él llevando en la zurda

un rifle, cuando en medio del sendero se interpuso una figura femenina.

Una voz en suave diapasón, y en idioma incomprensible para el americano dijo algunas palabras, y el que acudía, pareció apaciguarse, aunque continuó agitando el «kriss», y no bajó el cañón de su rifle.

Jeferson miró a la mujer que le volvía la espalda, y de la cual sólo veía la rubia cabellera. Dijo:

—¿Entiende inglés? Buscaba camino casa Delf- Dejong.

Ella sin volverse, siempre en la trayectoria entre los dos hombres, contestó en perfecto inglés:

—Soy Armida Delf-Dejong… Él, es mi hermano Pieter.

VI

DELF-DEJONG

Dudley Jeferson esperó a que Pieter Delf-Dejong, fuera aquietándose al influjo de las frases que en tono autoritario, pero a la vez persuasivo, iba diciendo Armida Delf-Dejong, que empleó el idioma inglés:

—No es lo que supones, Pieter. No es, porque si fuera, habría disparado, sin acercarse confiadamente. Somos pobres, Pieter pero hemos de demostrar que la hospitalidad holandesa en Buitenzorg, existe.

Hizo una pausa, siempre sin volverse hacia el que a sus espaldas, contemplaba cómo el muchacho del turbante rojo, dejaba poco a poco de agitar el «kriss», que por fin, colgó del garfio en su faja, para finalmente bajar el cañón del rifle, apoyando como los cazadores, el cañón sobre su antebrazo, apuntando hacía el suelo.

Ella, entonces, se giró. A la blanca luz de la hornacina, resultaban más pictóricos los rasgos faciales de la holandesa. La cara era ancha, recordándole a Jeferson las fotografías de aldeanas alemanas. Los rubios cabellos estaban trenzados en alto, formando como una diadema sobre la frente.

Los ojos, de un intenso azul, no eran vacuos, sino penetrantes.

—Soy americano, señorita Delf. Me llamo Jeferson.

—Bienvenido, señor Jeferson. Tenga la bondad de seguirme, y mi padre le ofrecerá el «sakib».

Echó ella a andar, y Jeferson la siguió. Las ranas volvían a bramar en su cacofónico concierto discordante.

La obscuridad iba aumentando, pero los ojos de Jeferson estaban acostumbrados. Parecía como si la diadema dorada de las trenzas de la extraña holandesa, le sirviera de guía, mientras caminaban por el

firme sendero, incomprensible.

Se dió entonces cuenta de que pisaba una esterilla de junquillos. Era una alameda artificial que conducía a un paraje donde lechosas de blancura, las orquídeas tapizaban las colgantes lianas. Apartó ella una de estas cortinas naturales, y surgió la casa «verandah», domicilio de la familia Delf-Dejong.

Una luz suave, difuminada, surgía a través de las persianas. La casa era baja de una sola planta, ancha, rodeada de una cubierta galería. La típica «verandah-bungalow», de los plantadores de Insulindia.

Y ella, sin hablar, invitó al americano a subir los cuatro peldaños. Y solo cuando estaban en la galería, ante una puerta de recuadros en tela metálica, dijo:

—Ruego al señor visitante, no demuestre su asombro, si lo que ve es muy distinto a lo usual en tierras más felices. Lo fuimos, señor, y éramos casi ricos. Lo perdimos todo, y mis padres… han sufrido mucho.

—Procuraré no ofender con un asombro desplazado, Armida. Soy tosco, pero pretendo ser amigo de los Delf-Dejong.

—¿Por qué?

—Porque creo que quien causó la desgracia de su familia, es la misma persona que mató a mi único amigo.

Ella nada replicó, y abriendo la puerta, penetraron en una estancia amplia: la «rattan» o sala de estar javanesa, con mecedoras, hamacas, y redondos sillones sin respaldo. En el techo, colgaban varias hileras de palmas, que podían ser movidas con solo tirar de una larga cuerda cuyo remate estaba cerca de las mecedoras. Con ello, se renovaba el aire de la estancia.

La luz procedía del fondo, y allí lo «asombroso». Encima de una mesa, había tres horribles figuras, de laca negra, con muchos brazos plateados. Los Genios Malos de la Mitología javanesa.

Ante ellos, arrodillada, de espaldas, una mujer vestida con «sarong», iba encendiendo en un hornillo barritas que daban a la estancia su olor a incienso.

Y sentado de lado, sobre una esterilla, piernas cruzadas bajo el tronco, a usanza de los sastres turcos, estaba un hombre.

Era sublime y a la vez grotesco.

Debía haber sido un soberbio ejemplar de hombre, antes de abandonarse a su desidia de desesperación latente en su apariencia.

Ella, susurró:

—Mi padre, Erik Delf, mi madre, Pragi Wisnoe Dejong.

Erik Delf, tenía una cabellera leonina, rubia cobriza. Barba de igual color, rodeaba en collar su ancha cara abotargada, donde los ojos azules, húmedos, hundidos en bolsa de arrugas, carecían de vida.

El torso estaba prietamente modelado en un dolman blanco, de

cuello cerrado, que congestionaba su tez. Un dolman semejante a una guerrera con botones dorados.

Llevaba un «slip» de tela roja, y las piernas desnudas, así como los pies. Al acercarse, Jeferson pudo detallar a Pragi Wisnoe Dejong.

Una javanesa mestiza, gruesa, avejentada…

Armida Delf-Dejong dijo ceremoniosamente, en inglés:

—Mi señor padre, Tuan poderoso, este visitante te presenta sus respetos. Este visitante es amigo Jeferson.

Erik Delf permaneció inmóvil. Parecía mirar algo muy lejano.

Armida señaló un redondo sillón sin respaldo al cohibido americano. Y siguió ella hablando:

—Amigo Jeferson presenta sus respetos a familia nuestra, y también sufre desgracia del mismo origen, de la persona nunca citada.

La mujer arrodillada seguía quemando barritas. Erik Delf seguía inmóvil, ausente.

—Armida pide a señor padre, permiso para hablar sobre la desgracia que abatió su negra mancha sobre la blancura del Bosque de las Orquídeas.

Erik Delf descruzó las manos que hasta entonces había mantenido a su espalda. Las apoyó en rodillas. Unas manos anchas, pecosas…

Y su voz era ronca, como si hiciera tiempo que no hablara.

—El visitante es joven y fuerte. Tiene arrogancia y es combativo. Dále el «sakib», Pragi.

La arrodillada, se levantó presurosa, y manos juntas saludó primero a su marido, y después a Jeferson, quien creyó por unos instantes que todos estaban locos allí, porque veía lágrimas deslizarse por las mejillas de Armida, que a la vez sonreía como enajenada de dicha.

Y comprendió, al oír al holandés:

—El «sakib» nunca fué dado en esta choza a ningún extranjero, desde que la negrura invadió el Bosque. Armida es dichosa, porque me oye acoger con simpatía al joven visitante. El hombre que piensa y piensa, sin moverse, llega a penetrar los secretos. Adivina que habrá tifón en el mar, con sólo oír el mensaje de las lianas al susurrar acariciadas por el primer soplo. Y también adivina cuándo un visitante es noble y combativo. Lo lleva pintado en cada músculo nuestro visitante. Mi hijo Pieter debió primero creer que era algún enviado de la persona nunca citada, que trajo la negrura.

La javanesa regresaba con un largo madero a modo de bandeja. Había en el madero cinco cazoletas: era el «sakib», o refrigerio de bienvenida.

Unos granos de arroz bañado en pimienta, que la javanesa depositó en su cazoleta ante los pies de Jeferson, diciendo:

—«Rijstaffel» —y a la vez traducía Erik Delf—: Arroz que dará la riqueza, pimienta que dará energías.

—«Macassar».

Otra cazoleta, y la voz ronca explicando.

—Raspadura de coco, para sueños tranquilos.

Al término de la ceremonia, explicó Erik Delf:

—Bebe el «copi», y su frialdad entibiará después tus venas.

Atendió Jeferson la señal que le indicaba una cazoleta. Bebió… Era un brebaje con sabor a café, y frío apenas pasó por la garganta, pareció convertirse en fuego dentro de su cuerpo. Tragó con dificultad, y esperó a comprobar si había caído en un manicomio.

—Ahora tienes derecho a saber, que desde el momento en que has tomado el «sakib» en la casa maldita por Sukabumi, puedes sufrir mil torturas. Deja que oiga tu voz, visitante.

—Me llamo Dudley Jeferson, y sólo tengo una ambición: estrangular con mis manos a Sukabumi.

—Tu voz es firme, y es placer adivinar tu destino. Tanto si mueres como si matas, tienes el ardor de una vida intensa, porque puedes luchar. Mi hija Armida, te explicará todo lo que quieras saber, llevándote a la cámara de huéspedes. Mañana al salir el sol, continuarás tu camino. Armida es la inteligencia. Ella te orientará, porque tú has venido a encontrar el sendero hacia Sukabumi.

—Sí, señor, así es.

—Permanece sentado, hasta que me retire. Feliz noche, Jeferson.

Atónito, vió Jeferson, cómo la javanesa, inclinándose, tiraba hacia sí la estera en que se sentaba Erik Delf, que sentado, fué deslizándose hacia una estancia lateral.

Cuando estuvieron solos, la joven dijo:

—Mi padre recibió dos heridas, sólo dos, por orden de Sukabumi. Le cortaron los tendones, desjarretándole, y privándole para siempre de la facultad de andar.

Crispó furioso los puños Jeferson. Iba empezando a comprender que la «locura» de los Delf, no era demencia de manicomio.

—¡Dios! Gran momento para mí, cuando estrangule a Sukabumi. Y ahora, Armida, cuénteme.

—Hace dos años, mi padre tenía a sus órdenes cien arroceros y cincuenta tejedores de batik, los mejores pintores de tela calicó, muy solicitada en Oriente. Los tejedores eran javaneses especializados en esta artesanía. Pintaban con cera caliente, con una cuchara, terminada en espátula. Cada color del batik es trabajo de una semana, y al ser terminado el batik, resiste veinte años de lavado tenaz y uso constante. Telas pagadas a altos precios por los Sultanes del interior, y los mercaderes chinos. El arroz sólo era una cosecha para alimentar a los trabajadores, darles paga, y alimentar con su venta, la casa, y comprar los materiales. En dos años más, hubiéramos sido riquísimos, porque los batik para que estuvieran más lustrosos, se guardaban en

cofres especiales, y decidió mi padre, venderlos en conjunto al Sultán Dhewie. Y entonces… cuando había quince cofres llenos de batik para el sultán y su serrallo, apareció un malayo. Mi padre lo mató, porque el malayo escupió al terminar de dar su mensaje.

—¿Mensaje de Sukabumi?

—Sí… Sukabumi ordenaba que mi padre dejara los quince cofres en la entrada de los arrozales, y percibiría cien rupias… ¡Cien rupias! Los batiks en su total serían pagados por el Sultán, una fortuna, con la que mi padre deseaba construir en la ciudad una fábrica de batik, y convertirse en poco tiempo en multimillonario, porque los pintores javaneses eran adictos a Pragi, mi madre.

—Se negó, como es natural.

—Y entonces, apenas resonó el pistoletazo con que mi padre mataba al enviado de Sukabumi, asaltaron la casa… Mataron a los arroceros que dormían en un caserón, prendiendo fuego al caserón; y cuando un infeliz arrocero pretendía escapar, lo empujaban con lanzas, metiéndole de nuevo en el brasero. Hicieron lo mismo con los pintores de batik. Después de cortar los tendones de las rodillas y tobillos a mi padre, nos dejaron con vida, porque Sukabumi había ordenado que nosotros cuatro, viviéramos. Se fueron llevándose los quince cofres, y dejando dentro de las heridas de mi padre, cuatro billetes de veinticinco rupias.

—Y entonces, sus padres se volvieron locos, ¿no?

—No es locura. Mi padre dijo que nos quedaríamos aquí, porque aquí quería recibir la noticia de que Sukabumi y su secta era exterminada. Mi hermano Pieter vigila la casa, pero ya no volverán los Sukabumi. Nadie viene, porque todos temen la venganza de Sukabumi, que prometió torturas a quienquiera que se atreviese a trabajar para los Delf- Dejong.

—Bien. Ustedes nada pueden hacer, sino esperar. Me agradaría descansar, y mañana…

—Venga, Jeferson.

En otra estancia, opuesta a donde había ido Erik Delf, había una litera suspendida, un medio barril con agua, y un gran abanico de palma.

Armida dijo sencillamente:

—Es cuanto queda para honrar al huésped. La litera está así, para mecerse y coger el sueño. Suspendida, para evitar reptiles, que no pueden ir por las cuerdas que están impregnadas de veneno. No hace calor aquí, porque arriba hay dobles techos con agua que destila frescura por el exterior de estas cuatro paredes.

—Antes de dormir, me gustaría saber si vale la pena que visite a Damar-Woulan, los que perdieron sus tres veleros, y a Pandji-Kelitik que perdió sus dos hijos.

—Yo le acompañaré, Jeferson

Salió ella, y en la estancia obscura, Jeferson, quitándose las botas y la americana, conservó la metralleta en el cinto. Tendióse en la litera, que osciló…

Sabía que nunca ningún hombre ansió con tanto anhelo verse frente a la implacable y feroz «Dechado de Delicias» Silvia Parker…

Se durmió profundamente, apoyada la diestra en la culata del arma que al menor síntoma de peligro, podía disparar en menos de cincuenta segundos, cincuenta balas, y por la que cualquier malayo, según Carter, era capaz de matar.

VII

PIRATAS «BUENOS»

Supo que amanecía, porque ya no se oía el rumor de los bramidos de las ranas, sustituido ahora por un intenso piar de aves.

Saltó de la litera, y quitándose la camisa, sumergió el busto y el rostro en el medio barril.

Oyó unos pasos, y, frotándose con las manos el rostro para quitarse el agua de los ojos, se aproximó a la litera. Entraba Armida, vistiendo un pantalón de montar, calzando botas, y sobre su blusa una amplia cazadora. Rodeaba su cabeza una tela roja a modo de turbante, y colgaba a sus espaldas, una amplia pamela de paja, retenida al cuello por un lazo.

—Hola, Armida.

—Buenos días. Mi padre desea ardientemente que yo vaya hasta el límite posible, porque quiere que pueda ver si ha llegado el hombre que puede exterminar a Sukabumi.

—¿Y usted, qué cree? —sonrió el yanqui, valiéndose de la camisa como toalla.

—Lo dirán Damar y Kelitik. Ellos saben mucho de eso. Pero mi padre y yo creemos que usted puede llegar más lejos que ninguno.

—¿Y su hermano?

—Permanece vigilando la casa. Es un muchacho impetuoso, y dice mi padre, que el camino que usted va a seguir, pasa por Damar y por Kelitik, y es un tropiezo llevar a Pieter.

—¿Y usted no es un tropiezo?

—Conozco a Damar y a Kelitik. Ellos dirán.

—Por lo visto, Damar y Kelitik son grandes sabios.

Terminó de colocarse las botas, y sobre el torso se aplicó la húmeda camisa. En el sombrero «salakoff» colocó, la pistola, y con ello bajo el sobaco, se echó sobre un hombro la plegada americana.

—Cuando quiera, Armida.

Fuera, en la esterilla, Erik Delf tomaba a lentos sorbos el café aromático. Inclinó la cabeza, como saludo, mientras Armida tendía una tacita de café a Jeferson.

—Mi esposa, duerme, porque toda la noche vela mi sueño. Usted se va, Jeferson. Mi hija le acompañará hasta el límite. Ella es la inteligencia, y usted la fuerza y la decisión. Hablará con Damar y Kelitik. Y aquí, mientras mi esposa hará arder ofrendas a sus dioses de la venganza, yo rezaré. Y sepa que Damar y Kelitik, son dos piratas malayos, pero no de la ralea de la secta de Sukabumi. Son piratas buenos… y Armida ya le explicará por el camino. Mi hijo ha traído su caballo al establo, y he visto el aparato inútil por su nuevo camino, donde la luz eléctrica no llega.

—Guarde mi radio gramola, señor Delf. La recogeré a la vuelta.

Erik Delf sonrió. Su rostro abotagado cobró vida, y replicó:

—Me gusta su modo de ser, Jeferson. Dios le proteja.

Cerró los ojos mientras tendía la diestra abierta. Una mano ancha, pero fría, como muerta, pesada…

La estrechó Jeferson con vigor, y dijo:

—Le juro, señor Delf que seré muy feliz, si puedo volver a anunciarle que Sukabumi ha pagado con creces sus crímenes. Y si yo muriera, dijo usted ayer una gran verdad: Moriría contento, porque es empresa hermosa, intentar acabar con esa condenada diablesa. Hasta pronto, señor Delf.

Fuera, dos caballos estaban reunidos por los ronzales. Los destrabó Armida, montando en el blanco, pero también de poca alzada, con larga crin.

Esta vez, afianzó con agrado Jeferson los pies en los estribos. Por lo visto, pese a la ruina, aun quedaban sillas de montar en casa de aquella extraña familia.

Su camisa se había secado, y volvió a insertar la pistola entre su cinto y su estómago, abrochándose la americana, y cubriéndose la cabeza.

Al paso, ella condujo su caballo en dirección opuesta al camino por donde había llegado Jeferson. Cuando la casa estaba de nuevo oculta por las lianas engarzando orquídeas, y los dos caballos salían a un desnudo campo húmedo, el sol empezaba a arder.

Un turbante rojo asomó tras una roca. Y Pieter Delf-Dejong acudió corriendo, y tendió su rifle y su «kriss» a Armida, que cogió ambas armas enfundando el rifle en el arzón, mientras decía:

—El «kriss» para usted, Jeferson. Y ahora, Pieter, dile al visitante que le deseas buen viaje.

Pieter Delf-Dejong dócilmente, vino a colocarse junto al caballo de Jeferson. Alzó la vista, sonriendo:

—Buen viaje, señor; buen viaje.

Y giró el rostro para estallar en sollozos, mientras asiendo la pierna de su hermana, apoyaba la cabeza en su rodilla.

Ella acarició la nuca del muchacho, y dijo en inglés:

—Pronto vuelvo a tu lado, Pieter. Sólo llevo al visitante al «prahu» de Damar y Kelitik. Sé bueno, y apártate.

Apenas el chico hubo obedecido, ella, dando taconazos, obligó al caballo a emprender un galope desaforado, como si deseara llegar cuanto antes, o separarse inmediatamente de su hermano.

Dudley Jeferson comprobó que su caballo podía parecer viejo y cansado, pero engañaba, porque su galope era veloz y seguro.

Atravesaban campos fangosos, desiertos, siguiendo estrechos caminos endurecidos. Y de nuevo la vegetación cambió, siendo ahora los senderos sombreados por altos árboles que se extendían en vastos bosques.

Empezó Jeferson a estimar absurdo dejarse guiar por una muchacha que estaba forzando un constante galope, exponiendo las monturas a reventarse.

Pero los caballos resoplaban normalmente, sin muestras de fatiga. El negro se limitaba a seguir a poca distancia al que le precedía.

No habían visto hasta entonces un solo ser humano, y dedujo Jeferson que sería porque Armida Delf elegía senderos poco transitados.

Calculó que llevaran dos horas de galope incesante, cuando Armida Delf frenó, hasta obligar a su caballo, a detenerse.

Estaba en un paraje elevado, y al acercarse Jeferson, vió que la loma por la que acababan de ascender siempre entre árboles desconocidos para él, terminaba allí, desde donde se divisaba el mar.

La otra vertiente de la loma era abrupta y en su confín se levantaban grandes masas de roquedales rojizos. Y entre los roquedales y el mar, había una ancha franja de arena…

—Podemos descansar un instante, señor Jeferson.

—Llámeme Dudley, Armida.

—Dudley —silabeó ella, como paladeando algo sabroso. Y fijó sus ojos azules, sonrientes, en el americano—. Muchas gracias Dudley.

—No he hecho nada que las merezca.

—Ha hecho mucho. He visto a mi padre sonreír.

Y en la pausa de silencio que siguió Jeferson se sintió satisfecho de sí mismo. Era grato ver a aquella holandesita, sonreírle de aquel modo, sin malicia, profundamente amistosa…

—Ahora antes de que lleguemos al «prahu» de Damar y Kelitik, le explicaré varias cosas que es obligatorio sepa, Dudley. Podemos desmontar.

En tierra, Jeferson se acarició disimuladamente las posaderas,

escocidas por dos horas de constante galopar. Estaba contento, porque presentía que aunque al final le esperase la muerte iba a vivir la más intensa de las aventuras…

Armida Delf trababa los dos ronzales, y los caballos se alejaron unos metros.

Ella se adosó a un árbol, dejando caer la pamela, a su nuca. Le formó una aureola.

—Usted es una chica bonita, Armida, y no tome a majadería esto. Corría peligro allí sola, con sus padres y el muchacho.

—Soy una leprosa —dijo ella, seriamente.

—¡Cáscaras! Oiga, hermana, bien que estemos en Java y yo sea un forastero, a quien todo sorprenda. Pero esto que acaba de decir pasa de castaño obscuro. Lo que hizo anoche su hermano, el recibimiento, el «sakib», y todo lo demás lo fui comprendiendo aunque primero me dió bastante asombro. Y ahora, ¿qué mil diablos es esto de decirme tan tranquilamente que está usted… leprosa?

—Lo son también Damar y Kelitik, porque nadie quiere tratar todos aquéllos de quienes se ha vengado Sukabumi.

—Bueno, bueno… —rezongó Jeferson, abanicándose con el «salakoff»—. Eso quiere ser un simbolismo, o metáfora, o como sea. Pero yo soy algo bruto de entendederas. Tiene gracia que diga que nadie las trata, porque Sukabumi se ha vengado… ¿Vengado?

—Ella es princesa y despótica. Quien la desobedece, la ofende. Mi padre no quiso someterse a la rapiña. Damar no quiso entregar sus tres veleros, que por eso fueron incendiados. No murió, porque ella quiso que se quedara reducido a la miseria, teniendo que pescar y cazar para comer.

—¿Kelitik, qué hizo?

—Nada. Fueron sus dos hijos los que intentaron penetrar en uno de los sampanes de Sukabumi, para robar. Kelitik, al perder a sus dos hijos y las tripulaciones de los dos juncos, y quedarse solo, hizo amistad con Damar aunque antes eran enemigos. Por toda esta franja de costa, Dudley, ningún blanco puede pisar si no es «Payong», es decir renegado al servicio de los piratas malayos.

—No comprendo cómo la policía…

—La policía se cuida de las ciudades. Y cuando las fuerzas armadas de la marina inglesa o americana, vienen por esta costa, hace ya tiempo que todos los piratas están en otra isla cualquiera. Usted pensaría que era locura, que yo le sirviera de guía.

—Lo pensé, pero ya no.

—Kelitik y Damar son dos piratas malayos, pero instruidos, que leen y hablan el inglés, porque desde muy pequeños navegaron en juncos y sampanes, que arribaban a la Indochina y los Estados malayos ingleses. Cuide mucho sus respuestas, Dudley, cuando hable

con ellos. No se enoje si al principio le miran con desdén, cuando usted les exponga lo qué se propone. Odian a muerte a toda la secta de Sukabumi, pero son malayos, y pensarán que es ridículo que un yanqui, solo, pretenda… Yo le comprendí, y mi padre también.

—Ellos me comprenderán si entienden el inglés.

—No sé… Pero hay un síntoma infalible, que demostrará si le comprenden. Ellos al forastero que va acompañado de una persona grata, y así consideran a los Delf-Dejong, le dan el tratamiento de «sahab», que equivale a señor. Tan sólo si empiezan a creerle bien dotado… le dan el tratamiento de «Tuan», jefe.

—Me llamarán «Tuan». ¿Qué es «prahu»?

—La choza de pescador donde habitan Kelitik y Damar. Y por favor, Dudley… trate de pensar que ellos tienen siglos de civilización propia.

—Comprendo. Eran mis tatarabuelos pieles rojas, cuando ya ellos conocían la imprenta. No se preocupe, Armida, que no me las daré de yanqui superior. Cuando me lo propongo, tengo diplomacia.

—Ojalá sea así, Dudley. Son difíciles de tratar éstos piratas. Y si le llamasen «Tuan»… habría ganado la mitad del camino, porque son excelentes marineros de sampan, la única nave que por aquí, y entre los piratas, puede servir. Ellos son pobres… y usted podrá tal vez comprar sampanes, si ellos le llaman «Tuan» y usted tiene dinero.

—Dígame lo que puede costar el mejor de los sampanes.

—Alrededor de cien libras esterlinas.

—Puedo comprar nueve sampanes, y tomarme aún unas copas.

Rió ella, contenta.

—Lo celebro. Pero no lo diga así de pronto a ellos. Además… yo no podré estar presente. Es una costumbre. Sólo presentarle… y después esperar a una distancia no inferior a treinta pasos.

—Escuche, ¿y si se ponen tontos?

—Usted es hombre, y un malayo valiente, desprecia al que no sabe replicar a una ofensa.

—Me gusta. Creo que me llamarán «Tuan».

Ella silbó tenuemente, y acudió su caballo, arrastrando al otro. Volvieron a montar. Y mientras bajaban al paso en zig-zag, dijo ella:

—Kelitik es astuto. Damar es brutal.

—Entendido. A cada jugador, su carta.

La ladera al terminar entre los peñascales, se extendía hasta la orilla en blanda arena. Ella descabalgó, atando los dos caballos. Dijo fervorosamente, mientras avanzaban hacia una choza entre dos peñascos:

—Ellos dos, con dinero que usted les facilite, pueden reunir hasta cien piratas… peligrosos, pero que bien llevados, le servirían de mucho, Dudley.

—Y todo depende de que me llamen «Tuan».

La choza sólo tenía el techo de ramas y la puerta de confección manual.

A cinco pasos de la puerta, ella dió varias palmadas. Surgió una cabeza por la entreabierta puerta…

Una cabeza completamente pelada, morena y un rostro tirante, siniestro, de ojos rasgados y boca delgada, intensamente negras las pupilas.

Por encima apareció otra cabeza. Redonda, con cabellos lacios, también rasgados los estrechos párpados.

—Kelitik —saludó ella.

La cabeza pelada, asintió.

—Damar.

Los ojos verdosos en la redonda cabeza, parpadearon.

—Yanqui Jeferson quiere hablar.

Y Armida Delf, dando media vuelta, se alejó hasta regresar entre peñas, junto a los dos caballos.

Dudley Jeferson se acercó al lugar donde las rocas de la cabaña, proyectaban sombra.

Apareció Kelitik, el de la cabeza pelada. Era pequeño, enjuto y fibroso. Sólo llevaba un gran paño rojo dándole vueltas desde las caderas, para colgar entre los muslos.

Se aproximó y dijo en inglés exótico, pero muy correcto:

—Grande en fuerza y falla, es el yanqui Jeferson. Y mi aliado Damar está muy confuso. No sabe si el yanqui Jeferson quiere pescar langostas o cazar buena carne de perdiz.

Dudley Jeferson sonrió divertido. Le gustaba aquello… Los negros ojos del pirata malayo eran un prodigio de cazurrería y malignidad.

—Para comer langosta y perdiz, no era preciso venir aquí, Kelitik.

—Gracias, sahab. ¿Cómo sabes que soy Kelitik?

—Kelitik o Damar me da igual, puesto que con los dos tengo que entenderme, como sea.

—Yanquis hace algunos años, desembarcar aquí cerca. Mucho barco, mucho avión, mucho fusil, mucho ruido. No cazaron ni una mosca.

—Señal de que todas las moscas escaparon.

Kelitik aprobó con la cabeza.

—Te acompaña la hija de Tuan Delf. No debes ser un nadie.

—Escucha, Kelitik. Tú debes tener unos cuarenta años…

—Muy generoso, yanqui Jeferson. Tengo cuarenta y ocho, pero el mucho comer envejece. Y yo como poquísimo.

—Tu edad significa experiencia. Habrás comprendido que yo he venido a estas tierras por vez primera. Eres el primer pirata malayo que me echo a la cara.

—¡Damar! —llamó Kelitik.

Apareció el de la cabeza redonda, cabellos lacios, y ojos verdes. Medía cerca de los dos metros, y sus espaldas impresionaban por la anchura

Llevaba como Kelitik, el pañal de pescador por única prenda. Sus bíceps tenían casi el mismo grosor que sus anchos y macizos muslos.

—Damar, mi aliado; este es el yanqui Jeferson. No ha visitado nunca esta isla. Me dio cuarenta años, y no parece mucho más necio que los otros yanquis que por acá tocaron, cuando aquello, que ellos llamaban la guerra.

Damar sonrió. Un compendio de desprecio, elevado a la máxima potencia.

Dudley Jeferson sintió que enrojecían sus pómulos, y que en el interior de sus manos había un picor, ansioso, incitándole a cerrarlos y pelear hasta romper la cara a aquel coloso.

Pero prefirió primeramente «ser diplomático».

—Cuando allá por las tierras mías, aparecía algún forastero, también la gente se reía un poquito, y el reír nunca rompe las muelas… Iré al asunto, Kelitik, ya que parece que tú eres la astucia, y este traganiños la fuerza.

—¿Traganiños? —repitió, con voz chillona, Damar.

—Significa gigante. Escucha, Kelitik, voy a decirte algo, que te va a causar mucha gracia. Yo ando buscando a una persona, con la sana y muy firme intención de verla morirse poco a poco entre mis manos. Esta persona causó la ruina moral y física de mi único amigo. Cuando mi amigo murió, yo juré vengarle. Y aquí estoy.

—¿Qué persona buscas?

—Vamos por partes. Yo os puedo necesitar como, guías y aliados. Pero antes me interesa saber, si vale la pena que pierda mi tiempo.

—Con dar un paso atrás, y volver a subir a tu caballo alquilado, te ahorras saliva, yanqui Jeferson.

—Me la hubiese ahorrado, si creyera qué sois lo que estáis aparentando.

—¿Y qué aparento, yo tu humilde esclavo Kelitik?

—Un zorro astuto, capaz de dar una puñalada a traición a la misma suegra del más pintado pirata.

—Me conformo —dijo majestuosamente, halagado, Kelitik.

—Yo no —chilló, porque era su modo de hablar, Damar—. ¿Qué aparento yo para ti, hombre muy listo?

—Ya es más difícil, Damar. Una vez llegué a un rancho, que es un sitio donde reúnen caballos cogidos al lazo. Caballos salvajes eran, que tenían que ser domados. Y había uno, grande, alto, que daba muchas coces. Desmontó varios jinetes, rompiéndoles las costillas. Entonces, los demás dijeron que aquel caballo era un mulo. Y me fui del rancho,

sin saber si era mulo o caballo. Tú eres fuerte, y puedes ser mulo, según te cuadre, y buen caballo, según te guste.

—No me conformo. Tienes un «kriss» en la silla de tu caballo alquilado. ¿Por qué no lo llevas al cinto?

—Porque no sé emplearla a sangre fría.

—Tienes bajo la tela, encima del estómago, algo….

Abrió su chaqueta Jeferson, y al ver la metralleta, los dos piratas tuvieron el mismo gesto. Un avance del busto, y luz codiciosa en los ojos.

—Cincuenta balas en menos tiempo que puedas contar, Kelitik.

Dudley Jeferson caminó unos pasos hacia atrás, para colocar en el suelo la pistola de tambor de balas diminutas y mortíferas.

Volvió a avanzar, y dijo:

—Yo no quiero pelear si no me buscan pelea, Damar.

—Hablo yo —intervino Kelitik—. ¿Por qué caminaste como un cangrejo? ¿Desconfiabas de nosotros?

—Vosotros sabéis: que una pistola como la mía, podría servir para desde lejos acribillar a varias personas. Yo la necesito, y tengo por costumbre no dar la espalda… Es de mala educación, y vosotros sois dos piratas malayos, instruidos.

—Espera, Damar, espera. ¿A quién buscas tú?

—Una preciosa princesa que es dechado de delicias. Ella dió larga muerte a un piloto amigo mío. Puede que este piloto mereciera la muerte, pero no la merecían sus padres. Y mientras yo pueda andar, o mientras me quede un soplo para arrastrarme, no descansaré hasta ir apretando poco a poco entre mis manos el hermoso cuello de Sukabumi.

Fué entonces cuando Jeferson conoció lo que era la risa malaya. Damar arrugó la cara, y sus mejillas se hincharon. Kelitik se cogió las mandíbulas, y de ambas gargantas empezaron a brotar relinchos, chillidos, cloqueos interminables…

Dudley Jeferson rió también porque el aspecto de aquellos dos sujetos riendo tan desaforadamente, le producía una contagiosa hilaridad, aunque mezclada de irritación.

Y fué él quien siguió riendo, al enmudecer los dos malayos, que le miraron torvamente. Dijo Kelitik:

—Risa que no rompe muelas, yanqui Jeferson. ¿Conque tú, sin conocer nada de nada, vas solo en busca de ella?

—Voy solo, hasta que alguien me acompañe, porque no soy tan idiota como parezco. Sé que para andar por la mar, hay que tener bajo los pies algo que flote, si es posible, para encontrar a Sukabumi, algo que flote y pueda escupir buen fuego. No sé pilotar sampanes, pero entiendo de veleros. Estos litorales no los conozco, y tardaría en encontrar sampanes y tripulación. Tengo dinero… ¡Oh, sí, los yanquis

son unos idiotas que saben ganar dinero! Y yo soy muy idiota, lo cual quiere decir, que puedo comprar dos, o cinco sampanes, y rodearlos con ametralladoras. Parece que te voy gustando, Kelitik.

—No me conformo. Se burló de ti mi aliado Damar.

—No se burló, sino que quiso ver si me enfadaba. Y yo cuando me enfado, es porque intentan matarme, y entonces procuro seguir viviendo. O sea, Damar, que si quieres pelear, no eres digno de estar con el astuto Kelitik, porque morir o matar contra un yanqui que puede pagar sampanes con ametralladoras, es necio negocio en el que siempre perderías. Si me puedes, porque no hay sampanes, y si te puedo, porque te desplomo.

Kelitik miró a Damar, y éste, abriendo y cerrando las manos, con la cabeza agachada como un búfalo dispuesto a embestir, murmuró:

—No me conformo.

—Deja que oigamos un poco más lo que dice el «sahab», Damar. ¿Cuánto dinero de cambio bueno tienes, «sahab»?

—Sobrante para pocos sampanes, pero buenos. Tres sampanes, porque no hay jefes entre nosotros tres. Vosotros buscad la gente y las armas. Yo pago. Buscadme un par de timoneles seguros. Y en cada sampán, iremos a un fin común. Meter mano a la hermosa Sukabumi.

—¡Me conformo! —rugió Kelitik—. Yo puedo obtener un sampán con treinta conocidos. Vale cien mil rupias.

—Que son cien libras. Y treinta y un malayos, con «kriss», valen treinta y un malayos. Pero con fusil ametrallador, valen por doscientos malayos. ¿Precio de un fusil ametrallador?

—Depende de la hora. Creo que cincuenta rupias por un fusil viejo, es peor que cien por uno, bueno. Y si es de repetición larga, valen quinientas rupias.

—Teniendo tú la seguridad de que yo pago, puedes comprar el sampán y, los treinta tripulantes y treinta y un fusiles ametralladores nuevos. Verás los billetes de libra, cuando yo vea dónde me digas el sampán, la tripulación y los ametralladores.

—Se puede, se puede. Pero tendrás que venir conmigo. En nuestro junco. Porque Damar acepta; yo sé que Damar acepta.

—Me conformo

—Y yo os advierto, mis muy queridos amigos futuros, que me meteré en el junco. Pero no me meteréis en el saco. Es decir, si buscáis quedaros con mi pistola, los billetes de mi bolsillo, y mi piel, haréis las cosas al revés, porque mi piel es dura, mis billetes están en un sitio seguro y mi pistola, para cogerla por la culata, hay que tragarse primero una ración de balas.

—Sabe —dijo lacónicamente Kelitik, mirando a Damar.

—Sabe —repitió Damar—. Me conformo. Yo también puedo tener el sampán igual que Kelitik, y los dos encontrarte otro, con dos pilotos

y treinta piratas malayos, pero… no les darás a ellos ametralladores. Tú solo con tu pistola y una ametralladora a menos que… Habla, Kelitik.

Kelitik miró hacia donde Armida Delf, sin oír, esperaba ansiosamente.

—Los piratas saben que ella quiere vengar. Si ella aparece en tu toldo, podrías estar seguro de los malayos, Tuan.

—¡Tuan! Ya era hora —gruñó, riendo, Jeferson. Y golpeándose el pecho, añadió—: Seré «Tuan» con o sin Armida Delf. Ella es una mujer y no quiero exponerla a riesgos de hombres.

—Pero ella preferirá morir cerca de la venganza, que vivir viendo a los suyos enloquecer, «Tuan». Y creo… que si está contigo, es porque el «Tuan» Delf, lo ordenó así. Y confían en ti. Ahora comprenderás que quisimos ver de qué lado te ardía el seso. Y te brilla por los cuatro puntos cardinales, «Tuan» Jeferson. Nosotros dos nos vamos a ir en el junco pescador. Tardaremos dos días y dos noches, pero en el «prahu» de Slendang y ella sabe dónde es, hallarás al tercer amanecer, los tres sampanes, como deben estar. Y llevarás el dinero allí, porque irán a esperarlo los mercaderes. Has de llevar también un mes de vida para las familias de los tripulantes. No saldrían a la mar, sin haber visto cómo sus brujas, cobran las cien rupias por cabeza. Vuelve con ella, «Tuan». Y cuando hayan transcurridos dos noches más, que la primera luz del alba, te acaricie en el «prahu» de Slendang.

Los dos a la vez avanzaron las manos, superpuesta la palma de la diestra, sobre el torso de la mano izquierda.

Y sin decir una sola palabra, volvieron a penetrar en su choza.

Dudley Jeferson dio media vuelta, y vió que Armida Delf acudía corriendo, riente la faz.

Y se detuvo ante él, alborotado el busto, para decir, haciendo el mismo gesto que acababan de hacer los dos piratas malayos:

—Leales somos, «Tuan» Jeferson.

—Bueno, hermana… Hablemos en cristiano. Parece que he ganado la primera batalla, a base de mis rupias.

—Y de talento, Dudley.

Se dirigían hacia el peñascal, y al llegar junto a los caballos, anunció Jeferson:

—He de estar en el «prahu» de Slendang, al amanecer de la segunda noche. Y usted, volverá ahora a su casa, Armida.

Subió Jeferson al caballo, conduciéndolo hacia la loma. Y ya en lo alto, al girarse, vió en el mar, la pequeña embarcación de una vela, que Kelitik y Damar adentraban hacia el Sur.

A su lado dijo Armida:

—El «prahu» de Slendang está lejos, Dudley. ¿Dónde beberá, dónde comerá y dónde descansará hasta llegar allí?

—Por donde he ido, siempre he bebido, he comido y he dormido a mi gusto. ¿Qué le pasa, Armida?

Ella acababa de asir el rifle, y se aplicó un índice a los labios. Encañonó hacia unos árboles, y de pronto disparó… A la vez que disparaba, surgieron gritos feroces por entre la arboleda…

VIII
LA BRÚJULA JAVANESA

En un instante, hizo maquinalmente Jeferson, lo mismo que Armida, que descabalgando, se parapetaba tras un tronco, arrodillada.

Empuñó la metralleta, buscando hacia quién disparar, pero sólo oía gritos por entre la arboleda.

Distaba cinco pasos de donde se hallaba Armida Delf, cuya serenidad le sorprendió. Ella, muy plácidamente, estaba con el dedo en el gatillo, esperando, como si se tratara de una caza de faisanes.

Un turbante verde asomó y después relució un destello de «kriss»…

—Son «yuks», Dudley —habló ella, como comentando un matiz del paisaje.

—No les olí siquiera.

—Forman bandas de cinco o seis. Estaban esperando, porque no atacan si no es apareciendo de pronto.

—No vamos a pasarnos el día así, hermana. Por suerte no pueden rodearnos. Al primero que se asome lo bastante, le meteré un par de plomos.

—No malgaste las municiones. Yo disparé un solo tiro, como advertencia de que les había visto. Posiblemente, se irán más lejos.

—Interesante juego del escondite.

—Cuando se vayan, volveremos a bajar hacia la playa, y yendo por el sendero de la Diosa Abandonada, donde no hay árboles, tampoco habrá «yuks».

—Si algún día va por los Estados, espero servirle tan magníficamente de guía. Allí hay «yuks», pero mejor organizados, menos ingenuos.

—¿Ingenuos, Dudley? Estos «yuks», si logran coger desprevenidos a los viajeros, tienen un tratamiento especial. Después de desvalijarlos, los suspenden por los tobillos de un árbol, y colocan sobre la nuca un tronco, al que atan las manos. A las dos horas y media, el más fuerte de los desvalidos, muere, porque la sangre le ha estallado en el cráneo.

—¡Cáscaras! Tiene usted un modo de anunciarme esa diversión, que la hace muy macabra. Parece como si tuviera usted un alma forrada de chapa blindada.

—Hace ocho años que estoy en esta comarca.

Había cesado el griterío de los «yuks». Ella se sentó, atravesando sobre su regazo el rifle. Dudley vió como los dos caballos reaparecían, siguiendo el negro en pos del blanco.

—Me agradaría aprender el arte de orientarme por los despoblados de la isla. Tengo buen oído y mejor vista, y sin embargo, hasta que usted no disparó nada vi ni oí.

—La costumbre. Desde mis catorce años, yo acompañaba siempre a mi padre, cuando era solamente un buhonero, vendedor ambulante. Conozco toda la isla, sus caminos, las sectas, y soy la brújula que usted necesita, Dudley. No es humillante, porque yo sola, no andaría por aquí. Usted representa la valentía, el poder del dinero, y la cualidad del «Tuan». Pero la orientación, yo puedo dársela.

—Dijo Kelitik que usted, a bordo del sampán, donde yo fuera, sería algo así como el pararrayos contra motines.

—Porque los malayos saben que yo tengo derecho a vengarme. Sería más complicado hacerles comprender que usted viene desde otra tierra, para vengar a un amigo.

—No es un sitio para usted, un velero pirata. Su mismo padre, dijo que le consentía llegar hasta el límite, es decir, le marcó una frontera, y no lo es un velero que se dispone a buscar combate entre la secta de los Nenúfares.

—Del «Nenúfar Blanco», Dudley. Yo le acompañaré hasta Slendang. Allí, decidirá si me admite a bordo. Por de pronto, ha conseguido que Kelitik y Damar hayan ido en busca de tripulantes y naves. ¿Cuántas?

—Tres sampanes, a treinta malayos, con treinta ametralladores.

Ella respiró hondamente, y por fin solicitó, con el fervor de una mujer que solicita un collar de perlas:

—Por lo que más quiera, Dudley, déjeme ir con usted.

—Allá lo veremos. ¿Y qué hay de los «yuks»?

—Se han retirado unos pasos. Los suficientes para no estar a tiro de bala. Pero tendremos que escapar al galope, ladera abajo, Dudley. Pueden llevar cerbatanas que no emplearon antes, porque pensaban sorprendernos.

—¿Cerbatanas?

—Un largo junco hueco. Se admiraría usted si les viera soplar y clavar una flechita a veinte pasos.

—¡Ya está! —exclamó de pronto, Jeferson—. ¡Ya sé cómo murió Lewis Sonner! Le arrojaron una flechita impregnada de veneno, con cerbatana… No, no puede ser, porque no fué hallada ninguna flechita…

—Pudieron arrojarla, y recuperarla. Muchos emplean la «liong», para no perder sus flechas. Es un bramante atado al remate, y al quedar clavada la flecha, tiran desde lejos del bramante, y recogen la flecha.

—Usted es una enciclopedia, Armida.
—Sólo una brújula javanesa.
El caballo blanco estaba ya tras ella. El negro, remoloneando, hocicaba a unos cinco pasos atrás de Jeferson.
—Procure que se acerque, Dudley. Silbe suavemente… Y cuando le coja de la brida, malgasté dos balas, por si hay algún «yuk» agazapado. Es preferible llegar a la playa sin recibir un flechazo.
Cuando Jeferson tuvo asida la brida, en pie, tras el tronco, dijo:
—Estos «yuks» podían haber intentado matar con sus cerbatanas a los caballos.
—La carne muerta no les sirve, si es de caballo. Dígame, Dudley… ¿Cuántas balas tiene su pistola?
—Cincuenta.
—¿Y cuando las termine, si hay contratiempos?
—Llevo corsé —rió Jeferson. Y la palmada que dió en su vientre, resonó a compacto. Aclaró—: Dos cintos con cien balitas cada uno.
Ella asintió con gravedad, mientras colocaba un pie en el estribo:
—Dispóngase a montar, porque tan pronto dispare usted, hemos de galopar cuesta abajo.
Jeferson buscó por entre los árboles algún destello o colorido aptos para servir de diana. Disparó contra un tronco, tras haber puesto el cierre que a la presión del gatillo, sólo permitía el disparo de proyectil a proyectil…
El caballo piafó, y saltó entonces Jeferson a la silla, porque ya ella a todo galope desaparecía por la ladera, hacia la playa.
Se agachó sobre la crin, y volvió a disparar sin mirar hacia atrás. La pendiente era pronunciada, y el caballo movía aceleradamente los trancos, siguiendo el mismo sendero en espiral…
Atravesó el peñascoso límite, y en la arena, su galope perdió velocidad. A unos veinte metros, delante, Armida Delf, obligó a su montura a mojar los cascos en la linde misma donde el agua besaba la arena.
Hizo lo misino Jeferson, esperando siempre oír de un momento a otro el silbido de una flecha. Pero cuando la playa terminó bruscamente en un acantilado, entre cuyas grietas, estaba ya desmontando Armida Delf, comprendió que los «yuks» habían desistido de una imposible persecución.
Al llegar junto a ella en el paraje sombreado, comentó:
—Están caros los caballos para los «yuks».
—Suelen ir a pie. Esperaremos unos instantes aquí, y después abandonaremos los caballos.
—Esto sí que ya no lo entiendo.
—Mi caballo llevará al otro al establo. No los cogerán, porque son esquivos.

—Pero, oiga, son dos caballos, ¿sabe? Mucho mejor que cuatro piernas nuestras.

—Usted piensa tal vez que para llegar a Slendang sirven. Tengo que orientarle, Dudley. Desde este acantilado, yendo por una barrancada, llegaremos al poblado de Nuwara, que es un «kampong» con unos veinte habitantes. Ellos nos venderán las provisiones para el camino, y podrán buscar antes de la noche, el elefante.

—¡Oiga, oiga! ¿Va de chiste?

Pacientemente, como una maestra explicando una lección a un talludo discípulo ignorante, explicó:

—Desde Nuwara por la costa hasta Silakjang, es selva, por cuyos senderos un caballo duraría unos minutos. Hay tigres y serpientes, Dudley, que no suelen atacar a un elefante solitario, que lleve sobre sus lomos, una «marahjina», en cuyo interior hay un rifle y una pistola ametralladora. Un elefante con «marahjina» vale mil rupias si lleva cornac que confíe en la persona que le alquila. El cornac es el sentado entre las orejas del elefante, le hostiga para que galope, si es preciso. La «marahjina» es una cómoda caja con cortinas y techo, donde caben perfectamente tres personas. Desde Nuwara a Silakjang, un elefante tardará unas quince horas.

—Y en Silakjang, ¿qué nos faltará para llegar a Slendang?

—Diez horas con «poney», porque el terreno escarpado, sin vegetación, y los «poneys» de Silakjang, son ideales para el resto de la excursión.

—En Nuwara y en Silakjang, ¿qué clase de habitantes hay?

—Malayos que respetan a los Delf-Dejong porque consideran que los locos somos gente digna de respeto —repuso ella, con cierta melancolía.

—Bueno, muchacha, no se ponga triste, ¡cáscaras! Usted es una brújula estupenda. Me doy cuenta que sin usted, me costaría un año llegar.

Ella desmontó, atando con un lazo especial las bridas al arzón, después de colocarse el rifle en bandolera.

Cogió Jeferson el «kriss», atravesándolo de lado después de perforar el bolsillo izquierdo de su americana, que sirvió en su reborde como tahalí.

Ella se agachó para recoger unos guijarros, que fué arrojando hacia la grupa del caballo blanco que tardaba en alejarse. Por fin, ambos emprendieron el trote por la playa, desapareciendo en una curva.

—Si no llegan, no se apurará mi hermano. Y si llegan, verá la seña de las bridas, y quedará tranquilo.

—A medias, porque se me antoja que el trayecto Nuwara, Silaj… como sea, y Slendang, no será gran cosa, pero después… no es una excursión que le recomendaría a mi hermana.

Ella andaba ya por el borde de la base del acantilado, hasta que una grieta más ancha, cedió paso. Era larga y sinuosa, hasta desembocar en otra playa.

Una playa pequeña, a cuyo final había otro roquizo enorme. Dudley Jeferson estaba admirado ante la seguridad con que Armida Delf, al llegar al otro acantilado, empezó a ascender, asiéndose a salientes, tanteando con el pie, afirmándolo y siguiendo en su escalada.

Él iba siguiéndola a dos metros, haciendo los mismos gestos que ella hacía. A la derecha, el mar, y a la izquierda, más escarpados.

Al término de la escalada, Jeferson sudaba copiosamente. Ella se había colocado la plegada cazadora con dos correas a modo de mochila.

Jeferson, en la cima del primer acantilado, dijo:

—Esto es un Himalaya en miniatura. ¿Falta mucho para llegar al elefante?

—Una hora a lo sumo. Podemos descansar aquí.

—Los malos tragos cuanto antes, mejor.

Avanzó ella, y al final de aquella cima, se abrió un pequeño abismo, cruzado por un extraño puente, formado por dos cuerdas paralelas, que suspendían por medio de mallas, una esterilla de juncos.

Al otro extremo de aquel puente, otro acantilado.

—Oiga, Armida, son ganas de complicarme la existencia. Podríamos haber dado un rodeo por tierra firme para llegar a Nuwara.

—A Nuwara sólo se llega por este camino, Dudley.

Dudley Jeferson se creyó obligado a explicar:

—Yo he andado sobre troncos rodando por rápidos, pero nunca por la cuerda floja. Esto debe bailar espantosamente.

—Mucho. Pero si usted va deslizando las dos manos por las cuerdas, si el puente se ladea, nunca vuelca, a menos que usted se olvide de inclinar su peso hacia el sitio contrario.

—Ya. Un balancín de unos cincuenta metros, sobre un pedregal de unos treinta metros de hondo. Un punto más en la factura que me pagará Sukabumi. ¡Dios! Creo que en mi vida he odiado tanto a una persona que ni conozco.

Ella estaba de lado, y no pudo ver Jeferson la tenue sonrisa, enigmática que se dibujó en los plenos labios femeninos de Armida Delf…

El puente se bamboleó a un lado y otro, mientras Jeferson, agarrado a las dos cuerdas, trataba de pensar que aquel junquillo bajo sus pies tenía la flexibilidad del acero y la solidez del hormigón armado.

Y a mitad del puente, ella, que iba delante, preguntó:

—¿Quién le aconsejó venir a la casa Delf-Dejong?

—Un americano, allá en Singapur.

—¿Y cómo encontró la casa?

—Un inspector de ruta de tren. Pero el interrogatorio… estará más firme allá en la roca. Estos meneítos sólo me gustan en los parques de atracciones.

Ella siguió andando. El puente iba de un lado a otro, como un péndulo. Cuando se halló Jeferson en el peñasco, respiró satisfecho.

Se atragantó, por que ella decía:

—Sukabumi es rubia y lleva trenzas. Tiene los ojos azules. Usted lleva la pistola al cinto, y mi rifle le encañona, Dudley Jeferson.

CAPITULO IX

SLENDANG

Dudley Jeferson examinó a la que brazos cruzados llevaba su rifle en bandolera, la correa surcando el busto, el cañón y culata a la espalda.

—No ha sido una broma inútil, Dudley. Quise hacerle comprender, que es usted demasiado leal. Los malayos y javaneses son actores natos, Sukabumi tiene espías por doquier. Pudo saber que usted llegaba a Buitenzorg, por el mismo inspector de ruta. Y todo pudo ser un melodrama allá en el Bosque de las Orquídeas. Silvia Parker es rubia.

—Si usted es Sukabumi, yo soy Eisenhower. Soy leal pero no tanto… Me bastó ver al Tuan Delf para saber que no era un comediante.

—Yendo conmigo, Dudley, como mujer que soy, los ardides femeninos que pudiera emplear Sukabumi, los adivinaría yo.

Volvió ella a ascender, y unos cuarenta minutos después, Jeferson instalaba con placer sus asentaderas sobre una mecedora, ante un caserón, junto a la orilla del mar.

Veía los cuatro puntos cardinales. Montañas al frente y a la izquierda; a su derecha el mar, y a su espalda la lisa roca alta de un acantilado que a unos tres metros formaba marquesina.

Armida Delf habíase ido en compañía de dos javanesas. A la media hora, una javanesa con muchas risitas y contoneos, vino con un madero largó, encima del cual había fruta de todas clases.

—Delf dama decir tú comer sin temor fruta cerrada.

—¿Que no hay veneno, no, simpática?

Devoró con fruición él ananas, y los pequeños cocos de sabroso jugo. El montón a sus pies, fué convirtiéndose en amasijo de cortezas y peladuras. El «kriss» era útil para comer la fruta javanesa…

Al final de la pequeña, playa, un sendero llevaba por la montaña, y en él volvió a aparecer Armida, invitando con señales.

Poco después, en una curva del sendero, junto a un elefante sentado, ella señaló la caja cuadrada: la «marahjina». Y entre los grandes pámpanos había un javanés de blancos cabellos y cuerpo bronceado.

—El precio convenido —dijo ella, tendiendo la diestra, en la que depositó Jeferson el billete de mil rupias.

Ella lo entregó al cornac, quien a su vez lo presentó a una vieja. De la caja pendía un cordaje con peldaños flexibles.

Subió Armida, y poco después, se instalaba Jeferson en el interior, entre blanduras, ya que el suelo estaba formado por cojines oblongos.

Se sentó con cierta dificultad, apoyando las espaldas en la madera acolchonada. Frente a él, Armida Delf dió dos golpes con los nudillos en el techo.

Jeferson se inclinó hacia delante, y después recuperó la posición normal. Y la caja empezó a subir y bajar rítmicamente, como si tuviera amortiguadores.

En cada esquina había una especie de tronera estrecha, que dejaba llegar airé y luz. Sonrió Delf:

—Es bastante cómodo, cuando se acostumbra al oleaje. En quince horas habremos llegado a la segunda escala. Y tengo la certeza de que usted estará pronto delante de Sukabumi, la que dió muerte a su amigo, el llamado Lewis Sonner. Nunca le oí citar…

—Esto pasó hace más de veinte años. Usted no había nacido… A instantes me parece que tiene treinta años, pero de pronto no le doy más de dieciocho.

—Un término medio, Dudley. Veintiuno. Mejor será dormir, porque de noche es preferible estar descansados, aunque el cornac, que he elegido es de los mejores.

Sin la menor malicia, el yanqui aunque veía a una joven bonita, a solas con él, no pensó en el menor intento de galanteo. Eran dos seres unidos hacia una venganza.

Se tendió más confortablemente, cerrando los ojos. Ella permaneció sentada, y de nuevo hubo en sus labios, la sinuosa y extraña sonrisa…

El rítmico ascender, acompasando el andar calmoso pero firmemente sólido del mejor vehículo de la selva javanesa, adormiló a Jeferson.

Cuando despertó, era ella la que dormía, tendida de lado. En cada esquina de la litera se divisaban sombras desfilar… Había caído la noche.

Dudley Jeferson sentía hambre y sed. Vio una cesta, y, deslizándose de lado, levantó las cubiertas de mimbre. Había frutas, pollos asados envueltos en papel parafinado, y dos cantimploras. Bebió a gusto el vino suave, de sabor a plátano.

Devoró con fruición un pollo, tirando los huesos por la entreabierta cortina, a medida que los mondaba.



...La correa surcando el busto, el cañón y la culata a la espalda...

Un silencio opresivo circundaba los obscuros senderos por los que el elefante seguía su marcha, sin haber variado una sola vez el compás de sus grandes patas.

Terminando de comer, saciado, probó Jeferson el contenido de la otra cantimplora. Sabía a cerezas y era refrescante como un jugo de frutas.

—Cuidado, Dudley.

Se sobresaltó él, dejando de beber de la segunda cantimplora. Ella, sentada, advirtió, desperezándose lánguidamente:

—Está bebiendo «rikwas», aguardiente de cerezas. Enturbia mucho los sentidos, a quien no tiene costumbre.

—No habré bebido más allá de una copita de licor.

—Lo suficiente para que ahora sus sueños sean tumultuosos. No

tardará en dormirse… profundamente. No es ningún narcótico. Es una bebida que la primera vez que es catada por un forastero, le da sueños raros, algo así como si hubiera fumado opio. No se preocupe, Dudley. Yo le despertaré, si le necesito.

Notando que sus ojos se cerraban, un vislumbre de sospecha acometió a Jeferson. ¿Y si aquella cándida, pero serena «brújula javanesa» fuera la misma…?

Cayó de costado, sumido en hondo letargo. Y ya no supo si soñaba, o estaba despierto, porque había momentos en que se daba cuenta que dormía, pero otros, notaba perfectamente que estaba viendo a una mujer joven, de trenzas rubias, ahora desplegadas a cada lado del rostro, cuyos ojos muy azules, le miraban sonrientes…

Pero con una sonrisa que helaba. Una sonrisa cruelmente pérfida… Se agitó, tratando de despertarse o de hablar….

Después, la rubia cabellera le rozaba, la cara, y los ojos azules encima de sus ojos, sonreían amorosos, rendidos, juveniles…

Era Armida Delf, la holandesita. Y él hablaba de amores, de deseos contenidos, de la dulzura de querer…

Después, no supo si seguía soñando o si seguía despierto, pero notó que una sensación intensa de éxtasis le invadía, porque sobre sus labios, se posaban otros, plenos, frescos deleitosos… Y eran unos ojos azules, cándidos, los que entre largas pestañas tenía frente a los suyos.

Un mar… Subía y bajaba el oleaje… La boca seca…

Y se encontró sentado, pasándose la mano por la cara, pesados los párpados.

Fuera, era de día, y las cuatro esquinas dejaban penetrar luz, que le permitió ver a Armida Delf, durmiendo plácidamente, como una niña…

Sus cabellos no eran visibles bajo el prieto turbante. Nada había de lascivo ni provocador en aquella amazona confiada, que dormía respirando rítmicamente, casi al mismo compás del vaivén de la «marahjina».

El «rikwas» le había emborrachado, dándole pesadillas… Bueno, no eran precisamente pesadillas. Y sonrió, mientras con cuidado, olfateaba una de las cantimploras. No olía a cerezas, sino a esmalte para uñas…

Bebió ansiosamente el vino suave, y atacó otro pollo. Y también cuando hubo terminado de comer, ella, desperezándose, se incorporó.

—Buenos días, Dudley. ¿Durmió usted bien?

Sabía que estaba sonrojado como un colegial. Y atacó de frente:

—¡Cáscaras con el «rikwas» del demonio! Me tumbó como un rayo. Pero, lo siento… Soñé con usted.

—¿Y por qué lo siente?

—Bueno, pues el caso es, que sin saber cómo pero algo magnífico,

¿sabe?, un sueño de esos claros, y yo estaba en el séptimo cielo, vaya… usted es una niña, y mejor que hable de otra cosa.

—Su sueño sería claro, Dudley, pero no sus palabras.

Golpeó ella el techo, y abriendo una cortinilla, dijo algunas palabras en javanés. El paisaje no era selvático, sino llano, desnudo de toda vegetación; a lo lejos, se perfilaba la línea azul del mar.

—Dentro de unos quince minutos estaremos en Silakjang, donde hallaremos los poneys que nos llevarán a Slendang. Mejor es descansar de día y por la noche, en los poneys ir a Slendang. Así llegaremos cercano el amanecer, y es preferible hacer etapa en Silakjang, que pasar la noche en el «prahu» de Slendang.

—Usted manda en este camino, Armida.

Silakjang era otro «kampong». Una reunión de una decena de caserones, y en una mecedora, Jeferson echó de menos la radio, los periódicos y el ajedrez.

Iba a dormir, acumulando reservas para semanas. Armida Delf estaba conversando bajo otro cobertizo con numerosas javanesas, que tenían cuerpos de niña, y caras de ancianas.

Reían mucho, y mediado el día, mientras banqueteaba, contempló Jeferson una ceremonia en honor de los viajeros. El «gamelang».

Címbalos, flautas y violines que pulsaban atravesados sobre sus rodillas, ocho individuos. Que empezaron a actuar, cuando uno de ellos, que tenía los ojos fijos en Armida vió como ésta alzaba la diestra.

La melodía era monótona, con abundancia de percusión en los cazos sonoros. Y aparecieron cinco javanesas…

Una tiara de flores cubría sus cabezas. Una larga túnica, sus esbeltos cuerpos. Hombreras picudas, y en los desnudos brazos muchos aros metálicos que tintineaban.

El rostro era impasible, pintado de blanco. No movían un solo rasgo facial. Avanzaban y retrocedían… Pero los brazos, y las manos, describían arcos, curvas, círculos… semejantes a serpientes.

Era exótico… y aburrido, pensó Jeferson, evocando las coristas de los Estados. Pero se esforzó en ser cortés, manteniendo la vista fija en las bailarinas, como si estuviera muy interesado.

Y fué un tormento. Aquello duró horas y horas, hasta el crepúsculo. Cesó bruscamente la música, y ellas y ellos, corrieron desapareciendo.

—Daría un tesoro por una aspirina sonrió Jeferson.

Ella se levantó:

—Son diez horas a lomos de poney, hasta Slendang. Nos darán escolta ellos.

Otros dos caballos, y por la árida llanura interminable, entre dos hileras de jinetes portando antorchas, Jeferson no contó las horas.

Una noche larga, infinita… Y por fin, la aurora aclarando el negro

mar, convirtiéndolo en rojizo y en cobalto.

Los portadores de antorchas se habían ido. Ella detuvo el poney, y señaló al fondo:

—Slendang.

Desmontó Jeferson. Valía la pena el aburrido viaje… Un semiarco de blanca arena, y en la bahía intensamente azul, tres veleros de baja borda y altas velas cuadradas: los sampanes.

En cada cubierta se alineaba una treintena de hombres.

Los tres veleros estaban al pairo, y tres lanchas había en la orilla, cerca de un junco. En la playa, Kelitik y Damar, con dos viejas javanesas y dos orientales vestidos de dril blanco.

Los poneys se iban, y a pie, Jeferson siguió a Armida por la suave pendiente.

Kelitik y Damar avanzaron a la vez, repitiendo su saludo de lealtad.

—Las brujas esperan la paga de todos. Los chinos la paga de veleros y armamento, Tuan Jeferson.

Era Armida la que tenía los billetes de libras esterlinas, que entregó a Kelitik, el cual a su vez se encaminó hacia los dos chinos y las dos javanesas.

Empezó una larga discusión en que chinos, javanesas, Damar y Kelitik trataban a la vez de sobreponer su voz a las otras.

—Cotorras cuando se trata de liquidar las cuentas —comentó Armida, riendo.

Le brillaban los ojos, mirando los tres sampanes. En el junco subían los chinos, y las javanesas, gesticulando, empujados por Kelitik y Damar.

—No intervenga, Dudley. Ellos saben cómo tratar estos asuntos. En aquella lancha, podemos llegar al sampán nuestro… Es el que tiene dos pilotos al timón, significando que esperan al Tuan.

En la lancha, cogió Jeferson los remos. Y al alejarse de la orilla, comentó:

—Kelitik parece reacio a soltar un dinero qué no es suyo.

—En Slendang siempre duran largo tiempo los tratos.

—Ahora… tiene usted en los ojos, la expresión que en sueños vi. Una expresión extraña, Armida. Casi cruel…

—El triunfo cercano, Dudley.

Él remaba acompasadamente, y la sombra de la borda del velero hacia el que se dirigía, los acogió. Rozaba su hombro una escalerilla de cuerda, y a la vez, una red ancha, con aros, le cubrió con sus mallas, cabeza y tronco hasta las ingles…

Los cercos apretaron, y como un fardo, ascendió arrancado del asiento de la lancha. Quedó suspendido…

Y vio una escena atroz. En la playa, como si estuvieran aguardando aquel momento, Damar y Kelitik que hasta entonces parecían discutir,

sacaron de debajo de sus amplias túnicas, un fusil ametrallador.

Dispararon con alegría, barriendo el junco… Como peleles grotescos, los dos mercaderes chinos, traficantes en armas, y las dos javanesas, sus esposas iban rebotando sobre la cubierta, acribillados…

Al cesar el eco de las ráfagas, la voz de Armida Delf anunció:

—Ellos no eran los legítimos Kelitik y Damar, señor Jeferson, para llamarle como usted quiere ser llamado.

Estaba en cubierta del sampán, junto a la red malaya. Los cercos apretaban los hombros de Jeferson, pegándole los brazos y manos a los costados…

La cuerda que lo izaba, se aflojó y quedó de pie…

—El verdadero Dudley Jeferson, el portador del anillo del Nenúfar, está en poder de Sukabumi.

—¿Y tú… quién, maldición, eres, perra traidora?

—Sukabumi —dijo ella con sencillez.

Alguien debió golpearle con algo blando en la nuca, porque perdió el sentido. Cuando lo recuperó, estaba trabado desde el cuello hasta los tobillos a un poste, empotrado bajo un toldo, a popa.

Los tres sampanes navegaban mar adelante, hacia unas islitas. La que creyó ser Armida Delg. Dejong, vestía ahora el mismo turbante, pero una túnica de seda roja, era ceñida al talle por ancha faja azul. Un pantalón de seda azul se anudaba en sus tobillos, y calzaba babuchas rojas.

—Los javaneses son actores desde que nacen, y yo aprendí de ellos, tú a quien llamé Dudley Jeferson, porque así quisiste.

El poste daba espalda a la proa. Jeferson sólo veía el dosel, bajo el cual, sentada entre almohadones, en una banqueta, aquella extraña mujer le miraba indiferente.

— ¡Tú no puedes ser Sukabumi!

—Soy Sukabumi, desde que nací, aunque sigue mi madre viviendo. Pero también me llamo Silvia Parker, porque nunca nos llamaremos de otro modo todos los descendientes de Sukabumi y Parker.

—Pero… ¿y Tuan Delf? ¿Y Pieter?…

—Un holandés pagado por mi madre, al igual que Pieter. Ella, una javanesa esclava. Siempre que alguien quiere vengarse… acuden a los Delf o a Kelitik y Damar, y todos los así llamados, murieron, siendo calcinados sus restos. Raza ingenua la tuya, yanqui.

—Y muy complicada la tuya, hija de Sukabumi.

—Me has proporcionado tres, veleros con armas, gracias a la historia que pudieron contar mis dos lugartenientes, y que comprobaron los traficantes y sus esposas, visitando al que creen Delf-Dejong. Y mi madre, prometió que yo tendría los veleros que supiera ganarme. ¡Estos tres! Y ahora dime, ¿cuáles son tus nombres?

—Dudley Jeferson.

—No puede ser, porque el que llevaba el anillo cayó en poder de los «yuks» que mi madre envió, apenas bajó del avión. Reina mi madre en esta costa y en las ciudades. Ella decidirá lo que debe hacerse contigo, yanqui.

—Ahora comprendo… que aquella, noche, no soñé…

—Estabas simplemente aletargado, yanqui. Dijiste cosas muy bonitas. Me llamabas Armida con dulces quejidos…

—¡Calla, condenada zorra!

—Puedo callar, y puedo hacer más. Puedo ordenar que corten tu lengua. Tú querías estrangular a mi madre, la princesa de más pura casta…

—Que se casó con un tal Parker. Un tipo de pura casta de las que cebamos en mi tierra con maíz y basura, porque los llamamos cerdos.

—Tu lengua caerá, tu lengua caerá.

—Pero mientras pueda moverla, me doy gusto, zorra.

—Cada insulto lo pagarás.

—Me quedan aún varios billetes. ¿También eres Sylvia?

—Sí. Y pronto estarás ante mi madre.

—La zorra vieja…

Se calló Jeferson. De nuevo, en su nuca acababa de restallar algo blando que sumió su cerebro en negruras.

Cuando despertó, intentó en vano removerse en el poste… Abrió los plomizos párpados… Era imposible que fuera de noche. Pero había luz de linternas en aquella sala húmeda…

Ante él había otro poste igual, y un hombre también atado. Y era el agente Aubrey, el inglés de la Oficina Mixta.

—Hola, Jeferson. Llevo dos días y dos noches esperándole. Estaría usted mucho más cómodo allá… En fin, cada hombre es el artífice de su propio destino. No se enoje ni lance gritos, Dudley Jeferson. Estamos a merced de Sukabumi. Tómeselo con calma… hasta que llegue el momento en que, sin querer, chillaremos. Hemos perdido, aunque estamos en una de las guaridas de la flota pirata de Sukabumi.

CAPÍTULO X

FLORES BLANCAS

Dudley Jeferson tardó en hablar. Trató de ser calmoso…

—Una flota pirata que yo he aumentado, con tres veleros y noventa fusiles ametralladores. Y he estado viajando con Sukabumi desde que llegué a Buitenzorg hasta llegar a Slendang, donde me cayó la venda de los ojos… un poco tarde.

—Perdón. No sería Sukabumi.

—¡Oiga, inglés del infierno! Habla usted como si estuviéramos en

una barra de cabaret, discutiendo el ganador del partido de pelota base. ¡Le digo que yo estuve…! Escuche, me explicaré, para que el tiempo se haga más corto.

Cuando hubo terminado su detallada exposición de cómo llegó al Bosque de las Orquídeas hasta que le izaron en red, sobre el sampán de los dos pilotos, el agente Aubrey replicó:

—Entonces, el secreto de la larga juventud de Sukabumi, es sencillo. Tenía una hija, y no lo sabíamos.

—¡Pues alégrese, hombre, alégrese! Ya lo sabemos. Le darán la primera plana, en todos los periódicos. ¿Y a usted, qué le pasó?

—Mucho más sencillo. Bajé del avión, alguien miró mi anillo, y al doblar una esquina, caí sin sentido. En un sampán llegué aquí, donde Sukabumi, muy arrugada, muy empequeñecida, me pronosticó una serie de tormentos refinadísimos. Confieso que me tomó por el amigo de Lewis Sonner.

—Es extraño. Usted parece estar muy contento de sí mismo, como si fuera un talento. Y vaya talento… Sólo sirve para robar anillos a idiotas desprevenidos. Y apenas pisa suelo javanés, ¡zas!, al saco.

—Mi torpeza es lamentable.

—Se sonríe como una liebre. Escuche, Aubrey, desde que puse el pie en estos cochinos territorios, parece que hay una conspiración para volarme los sesos en vida. ¿Se da cuenta que está usted amarrado como un salchichón?

—Me basta con mirarle.

—Entonces, ¡condenación!, ¿por qué sonríe como un triunfador?

—Antes me calificó de liebre.

—Es algo verdaderamente absurdo… Usted sabía que apenas le vieran, el anillo, lo cazaban.

—No se escarbe las meninges, Dudley Jeferson. Piense mejor en lo real de la situación. Ningún pirata malayo que se honre, empezará a torturarle, mientras no transcurran varias noches.

—¿Gallina en pepitoria, no?

—Celebro su buen humor. Así le será más fácil oírme. Lleva usted cuarenta y ocho horas de retraso, respecto a mí. Por lo tanto, yo me despediré de usted cuarenta y ocho horas antes. Posiblemente al cambio de luna… Sí, ésta es la costumbre. En el sampán, mientras me traían aquí, vi que era luna en menguante. ¿Cómo estaba la luna cuando usted llegó a Slendang?

—Dulce locura, Aubrey —dijo, apiadado, Jeferson.

—¿Cómo estaba la luna cuando llegó a Slendang?

—Bueno, amigo, si esto le calma… La luna estaba medio arqueada, como una tajada de melón.

Rió lúgubremente Jeferson. El inglés comentó:

—Entonces, pronto volveré a presentarme ante la señora Parker,

madre. Apenas cambie la luna. No acabo de adivinar si empleará la bota malaya para empezar. Es un zapato con torno. Tritura los huesos del pie como si fueran nueces.

Titubeó un momento, y prosiguió:

—O tal vez empiecen con la sanguijuela hambrienta. La colocan en el cuello, y la sanguijuela…

—¡Oiga, usted, oficinista! Hábleme de los últimos adelantos en el arte de robar anillos, que por lo visto, es el único talento de la Oficina Mixta. Que yo un novato, venga a caer aquí tiene poca gracia, pero que ustedes monten un tinglado con oficina para desvalijar turistas, y traer el botín a la vieja arrugada, zorra condenada que mal rayo parta, y… ¡Cáscaras! No se ría como una cebra.

—Liebre, cebra, loco… Somos dos hombres, Jeferson. Lo que nos espera, hay que afrontarlo con valor. Tenga la bondad de no dedicarme más epítetos grotescos.

—Esto me lo dice usted en la calle —sonrió, tristemente, Jeferson —. Es para volverse loco… Y otros caerán, y ellas dos, dos mujeres… seguirán haciendo barbaridades. No cabe duda, Aubrey… Estamos en un mundo de imbéciles regidos por cretinos. ¿Usted, qué opina?

—Que si no cambia pronto la luna, usted se subirá por las paredes. Hay en sus ojos lucecitas de locura… Ya se lo dije, Jeferson… Este terreno no era para un aficionado.

—Y la lección termina aquí, profesor.

El agente Aubrey miró en rededor, casi crujientes los huesos del cuello. Jeferson dijo:

—Póngase cómodo, señor. Despedí a la servidumbre. Estamos solos, poste a poste.

Aubrey movió los labios, silabeando, en modulación muy baja:

—La lección empieza ahora, yanqui

Sus ojos brillaban tanto, con una expresión tal de intensidad íntima triunfal, que Jeferson apenado meditó que era preferible que aquel desgraciado hubiese perdido el juicio. Y también esperaba que a él le sucediera pronto lo mismo.

—Bueno, inglés, usted gana. Me estoy acordando de lo estupenda que era Sandra Jones… Exactamente Linda Darnell. Y ella con el viejo pícaro borrachín, allá… Y el pobre Sonner no será vengado.

La sala era larga, desnuda de todo mobiliario, con paredes de roca viva. Era húmeda, y olía a salitre…

Fué primero una música lejana, donde címbalos y flautas acompasaban los chirriantes, «pizzicatos» de los violines malayos.

Después, se oyeron más sonoros los redobles de atabales, y por fin, al extremo de la larga estancia, una puerta se abrió cediendo paso a un extraño cortejo.

Iban en cabeza tres obesos individuos muy semejantes en aspecto y

vestimenta a los eunucos de serrallo turco. Llevaban al hombro, el curvado «kriss» del verdugo.

Tras ellos, cuatro portadores traían una silla de manos, y antorchas, linternas y farolillos inundaban de luz la lóbrega estancia, donde los portadores de la silla cuyas cortinas, estaban cerradas, la depositaron en el suelo, lateralmente colocada, para que desde el interior pudieran ser vistos los dos postes, a tres pasos de distancia.

Al otro lado, se colocaron los tres verdugos.

Del interior de la silla, por entre los cortinajes asomó una mano. Era larga, huesuda, provista de larguísimas uñas afiladas, pintadas de laca negra. Señaló el poste al que estaba atado Aubrey.

Los tres verdugos avanzaron cuando oyeron una voz femenina, lanzar varias exclamaciones en dialecto desconocido para Jeferson.

Uno de ellos quitó las cuñas de la base, y entre los tres, alzaron el poste, para colocarlo horizontal, sobre sus hombros. Se dirigieron hacia la puerta por donde habían entrado, la silla de manos fué de nuevo alzada, y al poco, quedóse de nuevo solo en la penumbra Jeferson.

Pasaron unos minutos. De nuevo resonó la música, entraron tres verdugos y cuatro portadores de una silla de manos.

La mano que salió por entre los cortinajes, era más joven, muy blanca, y de uñas plateadas. Señaló a Jeferson, quien al poco estaba en alto, horizontalmente sin poderse mover.

Atravesó así la estancia, un corto pasadizo, y por fin, penetraron en una sala circular, en cuyo centro había una larga mesa. Estaba iluminada con linternas, y sus paredes eran también de roca viva, salitrosa.

Aubrey estaba de nuevo en pie, atado al poste hincado en hondo hoyo. Ocupaba una cabecera de la mesa, y en la otra quedó Jeferson.

Sillas y verdugos se fueron, y de nuevo solos. Jeferson exclamó:

—¿Qué juego es éste? Usted, técnico… ¿pretenden volverme loco? ’

—La casta javanesa del «Nenúfar Blanco», es premiosa, lenta en sus preparativos de tortura o negociación. Creo que se trata de alguna sorpresa, porque fíjese lo que hay en el centro de la mesa.

Entre ellos dos, equidistante de cada uno, tres metros, había una cesta de mimbre repleta de flores blancas.

—¿Y qué?

—Cuando hayan decidido empezar con las torturas, cambiarán las flores blancas por otras encarnadas. Pero generalmente, tienen por costumbre, proceder al tormento en cubierta de sus sampanes. Hace tiempo que ningún pirata malayo, puede disponer de un domicilio fijo. Ahora mismo, estamos en alguna cueva de alguna islita perdida entre cientos de islitas.

—Está usted muy enterado. ¿Y no podría llamar por teléfono?

—No me gusta esto —murmuró Aubrey, señalando con el mentón la cesta de flores blancas.

—Seguro que preferiría coliflor con huevo, ¿no? Oiga, Aubrey, ¡por mil diablos!, ¿está usted en sus cabales? En la otra cueva se sonreía como un tunante contento, y ahora me dice que esta cestita no le agrada.

—Es que significa negociación de rescate. Y no creo que por usted ni por mí, haya nadie que dé mucho dinero. Es norma en la Oficina Mixta, no pagar rescates por sus agentes prisioneros.

—Comprendo. Iban a arruinar al Estado. Tampoco creo que los del Canal, paguen más allá de mil dólares por mi piel, y me lo descontarían a cien por mes.

—Creo que vamos a tener una sorpresa…

—Lo que tengo es el poste este incrustado en los lomos. Y saben atar estos tipos.

Una persona entró. Estaba libre de manos y pies. Avanzaba con cierta solemnidad hacia la mesa

Dudley Jeferson pestañeó; después, boquiabierto, parpadeó con más fuerza… No cabía duda… ¡Estaba ya loco!

Porque el individuo que acababa de entrar se apoyaba en medio de la mesa, a un lado, teniendo a diestro y siniestro a los dos prisioneros, y frente a sí la cestita. Y decía, con entonación calmosa:

—Me complace verle, Dudley Jeferson. Le saludo, señor Aubrey. Lamento no poder evitarles la incomodidad de postura. Sopórtenlo con calma, y vean en mí a un emisario y representante de la «Dama de los Nenúfares». Eso es, eso es…

Lo decía satisfecho. Era Elmer Jones, el viudo, padre de Sandra.

CAPITULO XI

CINCUENTA BALAS…

Elmer Jones prosiguió en tono engolado:

—Observo que no se ha inmutado, señor Aubrey, en cambio, mi compatriota Jeferson, es la viva estatua del más desorbitado asombro.

—¡Maldita sea! —estalló Jeferson—. Acabarán por volverme loco… Aparece este, viejo borrachín, y habla como si estuviera presidiendo un consejo de Administración. Y anuncia que es representante de la bribona ratera zorra venenosa…

—Un momento, un momento, Dude —atajó, dignamente, Elmer Jones.

—¿Por qué no nos desata ya viejo Gin? Si no lo hace…

—He sido advertido que caso de intentar el menor acto heroico, cosa muy lejana de mis propósitos, sufriría daño en lo que más, quiero. Permitan que exponga los hechos, por su orden cronológico, para el mejor entendimiento de los motivos por los que nos hallamos conversando.

— ¡Abrevie, papagayo!

—Apenas el señor Carter invitó a Jeferson a tomar el avión, hacia rumbos de mal epílogo, como puede apreciarse a simple vista, también el señor Carter se alejó de Singapur, reclamado por urgentes asuntos. Transcurrió el día, y al llegar la noche, cierta persona del Consulado, cuya mención me está prohibida, nos invitó a mi hija y a mí, a hacer un viaje. Yo… confieso, amigo Dude, que opuse ciertas resistencias. Le aprecio, Dude, pero la invitación era peligrosa.

Hizo una pausa, Elmer Jones, que mirando a la mesa, comentó:

—Pudo la señora Parker colocar algo líquido…

—¡Maldición sobre su cabeza de loro chiflado, Elmer Jones! No está usted conferenciando… ¡Condenado sea! ¿No se ha dado cuenta de que estoy amarrado a un poste, esperando que me corten a rajitas?

—La invitación indicaba algo parecido. El personaje del consulado, nos hizo saber a mi hija y a mí, que usted, Dude, iba por la Ruta Pirata, un camino de la costa que sólo los malayos conocen y por el que pueden transitar sin peligro. Que usted lealmente, confiaba en la persona que le servía de guía… y que era la misma «Dama de los Nenúfares».

—Hija —corrigió, secamente, Aubrey—. La hija de la que enviaba los nenúfares a Lewis Sonner.

—El caso es que la diferenciación no varía el sentido. Fuimos invitados a tomar un avión, y entrevistarnos con un emisario, para ajustar el precio de su rescate, Dudley Jeferson.

—Antes de haber atado al oso, ya vendían la piel. ¿Y ha sido usted tan imbécil como para acudir aquí, viejo?

—Hemos…

Dudley Jeferson lanzó una imprecación furiosa.

—La invitación incluía a mi hija. Al parecer, por viajar juntos, creyeron que usted amaba a Sandra, o Sandra le amaba a usted.

—¡Condenado viejo borrachín! ¿Cómo… pero se da cuenta… cómo ha sido tan estúpido de meter en el garlito a Sandra?

—Había ciertas garantías. La Dama daba a entender que cesaría su venganza en los Sonner, si recibía a cambio el total de la herencia. En este precio le incluía sano y salvo. Y mi hija no titubeó… Ha venido. Está a bordo de un velero, bien atendido por una preciosa señorita rubia, muy moderna, de ojos azules y trenzas rubias, imagen de la candidez y decoro…

—¡Dios, Dios, Dios!

—No se apene, Dude. Yo fui recibido por una dama algo avejentada, que debió ser bellísima, la cual me expuso en términos muy comerciales, que la vida está cara, que hoy en día, los piratas malayos viven casi de limosna, que usted tuvo la bondad de obsequiar con tres veleros artillados y algunos cientos de libras a su hija, pero que dada la dificultad cada día mayor en ganarse la mantequilla, y sabedora por el verdugo que envió al Canal de Panamá, que mi hija estaba litigando para obtener cerca de un millón de dólares, consentía en devolverle a usted, sano y salvo, tan pronto mi hija, volviera con el millón, a cierto punto que le sería indicado. Sabedor de que estaba usted aquí, señor Aubrey, negocié en el precio su inclusión, y reconozco muy gustoso, que la Dama aceptó. He expuesto ya mi presencia aquí.

—¡Desgraciado! Pero, ¿va a confiar en la palabra de una vieja bribona ratera venenosa?

—No me queda más remedio, Dude. Mi hija irá por el dinero, y yo les hago compañía. Creo en la palabra comercial de la Dama, porque ha accedido a que yo solicite su asesoramiento como técnico, señor Aubrey. Es decir, que usted indique la mejor fórmula comercial que asegure no habrá engaño por ninguna de las dos partes, en la entrega y trueque. La herencia de Lewis Sonner, permitirá Rescatar nuestras tres vidas. Y así, se retirará de la piratería, que no es negocio, la señora Parker. Tiene ya edad canónica…

—Treinta y seis años, pero el clima, envejece mucho, señor Jones —especificó el agente inglés—. Entonces, era lo que me suponía… Había en el Consulado un agente vendido a Silvia Parker, que era el que la informaba de los pasos de los que en su busca, iban a visitar a los Delf, Kelitik y Damar. Bien, señor Jones, ¿qué más le ha dicho la señora Parker?

—Accede a que ustedes dos mejoren de postura. No quiere liberarles, porque les supone capaces de intentar actos suicidas. Irán a bordo del sampán, uno de los tres, conseguidos gracias a la generosidad del señor Jeferson. Así dijo ella, que estima que su hija es más apta a negociar. Yo debo ahora retirarme, e ir junto a Sandra. Hasta después, señores.

Dignamente, se retiró el anciano abogado. Dudley Jeferson, comentó:

—La ingenuidad del padre y la hija, me revienta. Se han metido en la boca del lobo.

—Negociar es siempre preferible a ser torturado. Y le pido un favor personal, Jeferson. Cuando se vea ante Sukabumi, no se enoje ni lance insultos, porque esto la divertiría. Sea calmoso.

—Ya ha visto como Jones parece reprocharme que su hija esté aquí.

—No se preocupe. Usted ganará, porque gracias a usted… No tardará en entenderme. Creo que vienen a «mejorar» nuestra postura.

Entraban cuatro malayos, que demostraron una especial destreza en el arte de la «barra» malaya.

***

Sandra Jones sabía ya lo que era un sampán malayo. Un velero de bordas bajas, con dosel a popa, elevado, dominando la cubierta. Una nave ligera, de poca quilla, apta para anclar en bahías y radas de poco fondo.

El sampán en el que se hallaba, tenía izado en lo alto del mástil, un pabellón blanco surcado de estría dorada. La insignia almirante de los tres sampanes propiedad de Silvia Parker, hija.

Y en aquel sampán, anclando en estrecha rada, movíanse una treintena de malayos, siniestros y silenciosos. Los mandaba una mujer…

Esta mujer, era la que vestida a la europea, hubiese sido una muchacha más entre las deportistas de cualquier club yanqui, pero era Silvia Parker, Sukabumi.

Era amable con Sandra Jones, si bien lo poco que dijo, fue elocuente, apenas Sandra se sentó en la larga banqueta acolchada, desde la que se divisaba todo el velero.

A su lado, Silvia Parker dijo amablemente:

—Usted conoce los métodos «gangsters» de su tierra. Créame, si le aseguro que los malayos llevan siglos de adelanto sobre los torpes pistoleros yanquis. Tengo ahora tres naves, y con ellas, podré en otros parajes, comerciar. Los fondos, usted puede proporcionármelos. A cambio, su padre, y los otros dos prisioneros, serán libres y no habrán recibido el menor daño. Naturalmente, si usted creyera preferible intentar rescatarlos por medios violentos, se convencería tardíamente

de su error. Es del país del puro negocio, señorita Jones. No lo olvide, y por favor… no me insulte. Nada obtendría con ello.

Sandra Jones había ya vencido su primera creencia de que todo aquello parecía irreal, inverosímil.

Al amanecer siguiente, cuando obtuvo la seguridad de que antes de emprender su viaje, vería a los prisioneros, vió llegar por la pasarela que unía la borda con la salida de una cueva, a los dos jóvenes.

Su padre estaba con ella, en el dosel, junto a Silvia Parker.

Dudley Jeferson iba provisto de un aditamento especial. Sobre sus hombros, una barra redonda de flexible bambú, en la cual estaban atadas sus muñecas, sirviendo la nuca de soporte.

Entre los tobillos, una correa trenzada le permitía andar a paso corto. Tras él, venía Aubrey, en igual postura.

La tripulación se reunía a proa, y sólo dos hombres, los dos pilotos malayos, enrolados por los traficantes en armas orientales, acribillados en Slendang estaban bajo la toldilla de popa, terciado ante el pecho el fusil ametrallador.

Uno de ellos, tenía un semblante renegrido por mil soles, y su rapada cabeza tenía protuberancias salientes.

Sandra Jones contempló cómo Jeferson, con dificultad, subía los peldaños hasta la toldilla. «Armida Delf» anunció fríamente:

—Pueden sentarse, señores. Ultimaremos los puntos precisos para terminar este negocio. Siéntese a mi lado, señorita Jones.

Los dos prisioneros se sentaron de espaldas a proa, frente a la banqueta. Dudley Jeferson trató de ser «calmoso»…

—Tu cualidad aparente de mujer, te permitió engatusarme, Armida. Pero si me pregunta Sandra, lo que debe hacer, se lo expondré claramente. Te gastarías en balde el millón, porque suponiendo que esta ratera bribona, me diera libertad, yo volvería a las andadas, sólo que esta vez no me fiaría ni de un bebé javanés, aunque estuviera en la lactancia. Usted, Elmer Jones, no debió venir con su hija. Pero están aquí, y…

Sandra Jones atajó al que hablaba:

—Lo que importa es salir de aquí, Dudley. Y el señor Aubrey sabrá arreglar las cláusulas…

—Con cincuenta balas firmaría yo, pero comprendo que he perdido, y por lo tanto que hable el técnico.

Aubrey demostró que era inglés, y tenía por credo el humorismo en las peores situaciones, o al menos así, en un principio, lo creyeron todos, cuando replicó:

—Firmará a su gusto, Jeferson. Porque es usted quien gana, aunque esté incómodo con las dos manos colgando, al igual que yo. ¿Cuáles son tus fuerzas, Silvia? Tres sampanes, uno en cada rada de este islote. La aviación divisa cientos y cientos de sampanes iguales, y no va a

bombardearlos. Todos son iguales… pero éste tiene una diferencia, al igual que los otros dos que son de Jeferson.

Silvia Parker, hija, escuchaba atentamente. Había algo en la fría y desdeñosa manera de hablar del agente inglés, que no le gustaba…

—Tienes treinta piratas malayos, bien armados. Era lo que se proponía Jeferson, que con su dinero lo pagó. Tú no hubieses podido enrolarlos, si Jeferson no te hubiera proporcionado el dinero y el argumento, ya que ningún mercader chino traficaría con tus Nenúfares. Creyeron que Kelitik y Damar eran los legítimos, y así lo creyeron los que se enrolaron… hasta llegar a Slendang. Dime, Sukabumi: ¿no te pareció mucho triunfo el apresarme, apenas pisé suelo en Buitenzorg? Hace tiempo qué teníamos la sospecha de que alguien en el Consulado era adepto tuyo. Ahora ya lo sabemos, y yo me presenté como víctima propiciatoria. Pero el verdadero Jeferson iba sin saberlo, organizando la flota pirata, y caminando guiada por ti, hacia tu refugio y el materno. Si eras la verdadera Armida Delf, mejor, y si no… ocurriría lo mejor. No, no estoy loco, señor Jones.

—Quisiera advertirle, Aubrey, que estamos en poder de una turba de piratas malayos.

—Así parece. Hasta hoy, la hija de Sukabumi no tenía naves. Van muy caras, y la piratería malaya, es pobre. Sabe arrasar arrozales y robar cofres de batik. Saben incendiar pequeños juncos, y torturar. Pero las armas sobrantes de depósitos durante la guerra del Pacífico, pasaron a poder de listos mercaderes chinos, los cuales las han proporcionado, al igual que buenas tripulaciones. En efecto, una tripulación magnífica la tuya, Silvia. Estás mirando tu rifle, porque tienes deseos de acallarme a tiros. Te aconsejo no lo cojas…

Silvia Parker sonrió cruelmente.

—Admito que me has impresionado, inglés. Pareces ser el dueño de la situación.

—Yo no soy el dueño, sino Jeferson.

—¡Oiga, Aubrey! ¿Qué demonios está usted hablando? Es perder el tiempo…

—A mí me cogieron, y sabía que nada me pasaría hasta que no se aclarase la verdadera personalidad del verdadero Dudley Jeferson, el legítimo portador de un anillo. Mientras, Jeferson intentaría reclutar gente, porque por más valiente que fuera, no iba a ir sólo en busca de la Dama… La encontró, ignorándolo… Y cuando los supuestos Kelitik y Damar, invocaron los dólares de un tal Jeferson, ante los mercaderes chinos, éstos comprobaron la veracidad, interrogando al que creían Erik Delf. Y proporcionaron una tripulación para cada sampán. De piratas malayos, en efecto. ¡Al mando de Dudley Jeferson! Hagamos una prueba, Silvia. Si coges tu rifle… averiguarás quién manda aquí.

—Un juego… muy peligroso —trató de contemporizar Elmer Jones,

que durante la exposición de los hechos por Aubrey, había enlazado por el talle a su hija, apartándola de la proximidad de Silvia Parker.

Silvia Parker dijo:

—Son malayos, y no se venden a ningún inglés ni yanqui. Ellos saben que soy de la casta de Sukabumi… Mi madre tiene cuatro sampanes, en otras radas de la isla.

—Si tan cierta estás de tu poder, anda, dispárame con tu certero rifle, Silvia.

Tensos los músculos, Dudley Jeferson masculló:

—Un buen truco para morir, Aubrey, sin tortura. Esta bribona es capaz de acribillarle… Escuche, deje que se vaya Sandra…

Silvia Parker dio varias palmadas. Subieron a la toldilla los dos pilotos, renegridos, cabezas peladas, auténticos malayos en el menor detalle.

Silvia Parker dijo:

—Tú eres el piloto Priong, y tú el piloto Rakkhi. Sois conocidos por vuestra rebelde actitud contra toda influencia extranjera. Pertenecéis a nuestra secta. Este inglés, pretende que sois traidores… Habla, piloto Priong.

El aludido habló:

—Nunca la princesa Sukabumi tuvo temor de nada.

—Tu respuesta es ambigua, piloto Priong. Habla, piloto Rakkhi.

El aludido dió por réplica un gesto evasivo, y fué Priong quien habló:

—Es poco elocuente, princesa. Toda su elocuencia la gastó allá en Bajak, donde los mercaderes chinos, reclutaban piratas para un yanqui llamado Jeferson.

De pronto, Jeferson rugió:

—¡Carter!

El piloto «Priong» siguió hablando:

—Hay un instrumento llamado radar, princesa, que tiene mil aplicaciones. Por el instante, ha servido para que diera yo la localización exacta de este islote. Creo que no tardarán mucho en aparecer lanchas rápidas cañoneras, y algún que otro avión. Exterminarán la flota de Sukabumi, gracias a Jeferson… Y si te mueves, Silvia Parker hija, recibirás plomo en los brazos y las piernas.

Silvia Parker demudada, estaba rígida, aún incrédula… Los demás escuchaban atónitos

—Las sustituciones de personalidades conocidas, no es exclusivamente vuestra, casta de Sukabumi. Cada uno de estos treinta malayos, ha admitido al igual que los de los otros dos sampanes de Jeferson, que un indulto, y una recompensa, valen más que un mísero nenúfar blanco. No pudimos evitar la muerte de los mercaderes y sus esposas… Era preciso dar con el escondrijo vuestro, y copar… El copo

está hecho, ahora que Aubrey y el capitán de la flota está aquí. No te muevas, te lo suplico, Silvia. Irás a la horca… pero trata de llegar entera. Tú has de responder de las muertes de Erik Delf, su esposa y sus dos hijos. Tu madre, de cientos de crímenes…

Habló ahora el otro «piloto». Su acento era francés…

—Dice bien mi colega Carter, señorita… Yo soy Marcel, agente galo de la Oficina Mixta, y me dolería en el alma, tener que disparar, mientras mi colega libera a nuestros amigos.

Silvia Parker se abalanzó hacia un lado, buscando bajo un almohadón. Cogía ya la culata de la metralleta, cuando Marcel disparó…

Por tres veces…

Rota la muñeca y perforados los dos antebrazos, Silvia Parker cayó de costado, desvanecida.

—Lamentable —dijo Marcel—. Pero eran cincuenta balas las que había a su alcance… Lo siento, de verdad.

Dudley Jeferson, libre ya, se vió cerrado el paso por Carter…

—No, Jeferson. Usted no cogerá su arma. No sería varonil, ¿comprende? Y… ¡Tampoco ella es una mujer! ¡Es una…!

Calló porque ante él, Sandra Jones sonreía de modo especial. Casi con humildad…

Aubrey y Marcel se llevaban a la desvanecida, hacia la parte lateral de popa, mientras Carter comentaba:

—Sacrifiqué a gusto mis cabellos, así como Marcel. Crecerán de nuevo. Y sabemos ya que es el secretario de recepción del consulado, el que nos impedía con sus informes a Sukabumi, llegar hasta su nido. Y todo gracias a usted, Jeferson.

Pero Dudley Jeferson estaba sordo. Sólo oía lo que Sandra decía, y le parecía también inverosímil…

Elmer Jones meditaba, y estaba cierto de una decisión irrevocable. Nunca abandonaría Nueva York. Era demasiado complicado el carácter malayo… y de la Oficina Mixta.

Un avión surcó media hora después el espacio, pasando repetidamente sobre el islote.

Resonó agudamente la llamada angustiosa de una flauta…

—¡Retirada general! —exclamó Aubrey—. La vieja Parker ordena escapar. Pero tus tres sampanes, Jeferson, aquí se quedan… Pertenecen a América. ¿No opina así?

—Viva América —dijo, muy suavemente, Jeferson—. No todos somos, tan ingenuos, ¿verdad, Carter?

El aludido se estaba enjabonando vigorosamente, ayudado por Marcel. Fundíase la laca que ennegrecía sus músculos, cara y cabeza.

Petardearon unos motores. Lejos se divisaban los penachos de varias lanchas cañoneras, que acudían velozmente…

—La vieja Sukabumi no irá a la horca —apuntó Aubrey—. Es demasiado experta en venenos para dejarse atrapar viva.

—Y yo no conoceré a la legítima «Dama de los Nenúfares» —replicó Jeferson—. Oiga, Carter… ¿Y la hija?

—Puede ir a visitarla, Jeferson. No vale cincuenta balas…

Jeferson se encaminó hacia la parte lateral del endoselado, donde había una cámara pequeña. En la litera, vendados loa brazos y manos, la hija de la «Dama de los Nenúfares», lívida, no tenía el menor rastro de feminidad.

Sus tobillos y codos estaban atados, a la litera. Dudley Jeferson masculló:

—No me gusta verte así, Armida. Tengo cincuenta balas para oponerme a que te lleven a la horca. Vas a venir conmigo… y que te pudras en cualquier rincón, tratando de ser mujer… y olvidar todo esto. Casi… no tienes la culpa, sino que fué tu madre…

Ella, revulsos los ojos, contraída la boca aspiró aire… Y de pronto, su cabeza cayó a un lado. Bajo la litera, había un pequeño frasquito…

—¡Carter, Aubrey, Marcel! —gritó Jeferson.

Los tres agentes de la Oficina Mixta aparecieron…

—Llevaba siempre un frasquito en un bolsillo —comentó Carter—. Marcel fué demasiado francés… La dejó beberlo… No irá a la horca… ni usted tendrá que malgastar cincuenta balas, Jeferson. Olvidará todo esto, Jeferson. Malasia es un clima cruel.

Las lanchas cañoneras abrían fuego, contra los cuatro sampanes de la «Dama de los Nenúfares» que pretendían escapar.

Y dos horas después, fué una lancha cañonera, la que aguardó a que en ella subieran Elmer Jones, Sandra y Jeferson.

En cada sampán, quedaba un agente de la Oficina Mixta. Y como dijo Carter:

—Un dinero bien gastado, Jeferson. Esta flotilla que seguirá limpiando estos mares, puede llevar el nombre que usted prefiera.

—Armida Delf —contestó Jeferson—. También me gustaría que otro se llamase Lewis Sonner…

—Así será. ¿Y el tercero?

—Llámenlo Priong Rakkhi. Adiós. Si me pierdo, no me busquen por estos contornos.

El exterminio de la secta del «Nenúfar Blanco» no fué publicado. Pero lo propagó toda la isla de Java, verbalmente.

Y eran piratas malayos, pero a sueldo de la Oficina Mixta, los que con gran esmero y satisfaciendo a la vez sus impulsos, bélicos, barrían todos los focos de piratería.

La flotilla, que fue aumentando, era conocida en los archivos, por el apelativo común de «Jeferson».

Y la herencia de Sonner, fue patrimonio común de Sandra y

Dudley, obteniendo por fin Elmer Jones, el libre derecho de tonificar su cerebro con ginebra en su copa correspondiente, porque Sandra estaba demasiado atareada en conseguir fijar en un hogar al aventurero Jeferson.

Dudley Jeferson sólo tiene una manía. Persistir en que fué un largo sueño producido por el «rikwas», cuanto sucedió desde que llegó al Bosque de las Orquídeas, hasta que a bordo de un sampán malayo, oyó decir a Sandra que él era el hombre de su vida.

En la mansión Jeferson, el jardinero tiene rigurosamente prohibido dejar crecer nenúfares en el estanque.

FIN